

cuadernos inacabados

5

**el cuerpo a cuerpo con la madre
el otro género de la naturaleza
otro modo de sentir**

Luce Irigaray

laSal
edicions de les dones

**el cuerpo a cuerpo con la madre
el otro género de la naturaleza
otro modo de sentir**

Luce Irigaray



LUCE IRIGARAY apoya sus reflexiones sobre la sexualidad de la mujer, o la mujer y la sexualidad —entre otros temas—, en un amplísimo bagaje teórico-cultural. Licenciada en filosofía y letras por la universidad de Lovaina (1954), realizó su tesis de licenciatura sobre el tema: *La noción de pureza en Paul Valéry, la palabra pura, el pensamiento puro, la poesía pura* (texto inédito). En 1956 comienza a trabajar como profesora del último curso de enseñanza secundaria en Bélgica, puesto que ocuparía hasta 1959. En 1962, se licencia en psicología por la universidad de París y el año siguiente obtiene un diploma en psicopatología. En 1968, se doctora en lingüística por la universidad de Nanterre (París X) con una tesis sobre *El lenguaje de los dementes*, y en 1974 obtiene el doctorado de Estado de Letras con la tesis *Speculum de l'autre femme*. Psicoanalista y escritora, actualmente es *maître de conférences* del Institut des Hautes Études de París.

Paralelamente a este trabajo de investigación teórica, Luce mantiene un contacto vivo con la realidad de las mujeres. En este «cuaderno inacabado» nos proponemos darla a conocer también en esta faceta, sumergida en un diálogo ininterrumpido con otras mujeres, mezclándose con no-profesionales, explicando, acercándose, escuchando, como viene haciendo desde hace años. Con un discurso que sigue con fluidez y espontaneidad el libre curso de las asociaciones y cuya calidad poética no debe llevar a engaño sobre su contenido teórico, Luce prosigue en estos textos su tarea de reconstrucción de la existencia de otra sexualidad: la nuestra. Una sexualidad diferente, ni mejor ni peor que la del hombre, pero que en todo caso va más lejos que los modelos impuestos por la ideología dominante, basados en la violencia y la pornografía.

De la mano de Luce Irigaray podemos comenzar a dar un paso trascendente en la búsqueda de nuestra propia identidad, «nombrando» nuestra sexualidad, hablando de ella sin intermediarios.

Bibliografía de Luce Irigaray

- 1973, *Le langage des déments* (París: Mouton).
- 1974, *Speculum de l'autre femme* (París: Minuit). Hay traducción castellana: *Speculum. Espéculo de la otra mujer* (Madrid: Saltes, 1979).
- 1977, *Ce sexe qui n'en est pas un* (París, Minuit). Hay traducción castellana: *Ese sexo que no es uno* (Madrid, Saltes, 1982).
- 1977, «Misère de la psychanalyse», *Critique*, n.º 365, págs. 879-903.
- 1979, *Et l'une ne bouge pas sans l'autre* (París: Minuit).
- 1980, *Amante marine de Friedrich Nietzsche* (París: Minuit). Traducción castellana en preparación.
- 1981, *Le corps-à-corps avec la mère* (Montréal: les éditions de la pleine lune). (En este cuaderno se recoge el texto que da título al libro: «El cuerpo a cuerpo con la madre»).
- 1982, *Passions élémentaires* (París: Minuit).
- 1983, *L'oubli de l'air. Chez Martin Heidegger* (París: Minuit).
- 1983, *La croyance même* (éd. Galilée).
- 1983, *L'oubli de l'air. Chez Martin Heidegger* (París: Minuit).
1985. *Parler n'est jamais mentre* (París: Minuit).

EL CUERPO A CUERPO CON LA MADRE *

Mi intención es proponer, con una articulación más o menos elegante o inelegante, un cierto número de temas de discusión. En otras palabras: expondré sobre todo algunos interrogantes que me han sugerido, entre otras cosas, los numerosísimos encuentros que he tenido desde mi llegada al Quebec.

Esto me ha impulsado a proponer una serie de reflexiones, motivo de intercambios y de discusiones, en vez de la conferencia más coherente que traía redactada de París.

El amplísimo número de estas cuestiones llegó a asustarme y he tenido que hacer una reselección, así de pronto, en el último momento. Pero algunas me han sido sugeridas, en ciertos casos, por varias de las mujeres que he conocido desde mi llegada a Montreal y cuya presencia me alegra mucho sentir aquí esta noche. Espero que ellas las reconozcan y tal vez podrán relanzar los debates que se han desarrollado entre nosotras desde que estoy aquí.

Para empezar, quisiera agradecer al comité organizador del coloquio sobre la salud mental la elección del tema «Las mujeres y la locura», esto es, su contribución a sacar del silencio un sufrimiento masivo de las mujeres que con demasiada frecuencia se mantiene escondido.

Me sorprende —y no me sorprende, ¡por desgracia!, pero me gusta seguir sorprendiéndome— que tan pocos profesionales hombres hayan venido hoy a escuchar lo que pueden decir las mujeres sobre su locura. Su ausencia, siendo como son mayoritariamente los médicos de esas mujeres enfermas, constituye un síntoma de su práctica clínica, concretamente psiquiátrica.

Al parecer, poco les importa lo que dicen las mujeres. Se basan por sí mismos para saber qué ocurre con ellas y el trata-

* Conferencia presentada en el 5.º Coloquio quebequés sobre la salud mental: *Las mujeres y la locura*, celebrado en Montreal el 30 y 31 de mayo de 1980, en el Cegep del Viejo Montreal.

miento que deben recetarles o imponerles. Ninguna necesidad de escucharlas, a ellas. Lo cual sin duda explica sus opciones terapéuticas, de las que se ha hablado esta mañana. Pero he oído irritarse tantas veces a los hombres contra los encuentros no mixtos entre mujeres, queriendo penetrar a cualquier precio entre ellas, que su ausencia de hoy me parece todavía más significativa. No estaban excluidos de este coloquio en el que tomarían mayoritariamente la palabra las mujeres. ¿Cómo se explica, entonces, que su curiosidad no los haya impulsado a venir a escuchar, por una vez? ¡A los que están aquí presentes les toca comprender el por qué y en qué sentido representan ellos una excepción!

Lo que ha retenido a los demás, esto es, a la mayoría de los profesionales, ¿no entrará dentro del registro del poder? En efecto, no dominan este coloquio. ¿O del registro de la vergüenza, vistas las estadísticas que se han expuesto esta mañana? ¿O del desprecio? El coloquio ha sido organizado por y para las mujeres. ¿De la indiferencia sexual? Dejo abierta la interpretación.

En cualquier caso, esta ausencia constituye, por sí sola, una explicación de la locura de las mujeres: su palabra no se oye. Lo que ellas dicen no tiene derecho de ciudadanía en la elaboración de los diagnósticos, de las decisiones terapéuticas que las afectan. Los discursos y prácticas científicas serias siguen siendo privilegio de los hombres. Como la gestión de lo político en general y de lo más privado de nuestras vidas de mujeres. En todas partes, en todo, sus discursos, sus valores, sus sueños y sus deseos dictan la ley. En todas partes y en todo definen la función y el papel social de las mujeres y, desde ya, la identidad sexual que éstas deben tener o no tener. Ellos saben. Ellos tienen acceso a la verdad. Nosotras no. ¡A duras penas a la ficción, a veces!

Como me confesaba no hace mucho un amigo particularmente «honesto», no sin sorprenderse de su propio descubrimiento: «Es cierto, siempre he pensado que todas las mujeres estaban locas.» Y añadió: «Sin duda así pretendía soslayar el tema de mi propia locura.»

Así se plantea efectivamente la cuestión. Cada sexo tiene relación con la locura. Todo deseo tiene relación con la locura. Pero, aparentemente, un deseo se ha tomado a sí mismo como sabiduría, medida y verdad, dejando al otro sexo el peso de una locura que él mismo no quería ver ni llevar.

Esta relación del deseo con la locura tiene lugar de forma

privilegiada en la relación con la madre. Tanto para el hombre como para la mujer. Pero, con demasiada frecuencia, el hombre abdica de ella y la descarga sorbe la mujer, las mujeres.

Deseo loco, esta relación con la madre, ya que constituye «el continente negro» por excelencia. Permanece en la sombra de nuestra cultura, es su noche y sus infiernos. Pero los hombres no pueden prescindir de ella, no más (y más bien menos) que las mujeres. Y si actualmente existe una tal polarización sobre los temas de la concepción y del aborto, ¿no será para escapar una vez más a la pregunta sobre qué ha sido de la relación imaginaria y simbólica con la madre, con la mujer madre; qué ha sido de esta mujer más allá de su papel social y material de reproductora de criaturas, de nodriza, de reproductora de fuerza de trabajo?

Una función que subyace a todo el orden social, y al orden del deseo, pero que siempre se mantiene dentro de una cierta dimensión de necesidad. A través de la satisfacción de las necesidades individuales y sociales se exorcisa a menudo lo que hay de potencia femenina maternal, particularmente en lo tocante al deseo.

El deseo de ella, su deseo (de ella), esto es lo que viene a prohibir la ley del padre, de todos los padres. Padres de familia, padres de naciones, padres-médicos, padres-curas, padres-profesores. Morales o inmorales. Siempre intervienen para censurar, rechazar, con todo el buen sentido y la buena salud, el deseo de la madre.

Tal vez hayamos llegado a un momento de la historia en que ya no es posible seguir evitando esta cuestión de la dominación que ejercen los padres. Un momento que vendría determinado —o ayudado— por varias causas: la contracepción y el aborto, que plantean el tema del sentido de la maternidad, y las mujeres (sobre todo a partir del hecho de su entrada y sus encuentros en los circuitos de la producción), que han iniciado la búsqueda de su identidad sexual y comienzan a salir del silencio.

A partir de aquí, tanto los hechos más cotidianos como el conjunto de nuestra sociedad y de nuestra cultura evidencian que esta sociedad y esta cultura funcionan originariamente sobre la base de un matricidio.

Cuando Freud describe y teoriza, concretamente en *Totem y tabú*, el asesinato del padre como fundador de la horda primitiva,

olvida un asesinato más arcaico: el de la mujer-madre, necesario para el establecimiento de un determinado orden en la ciudad.

Con algunos añadidos, nuestro imaginario continúa funcionando según el esquema de las mitologías y tragedias griegas. Tomaré, por tanto, el ejemplo del asesinato de Clitemnestra en la *Orestíada*.

Clitemnestra, desde luego, no corresponde a esta imagen de virgen-madre que vienen proponiéndonos como ideal desde hace siglos. Sigue siendo una amante apasionada. Y además llegará hasta el crimen pasional, matará a su hombre. Pero, ¿por qué?

Hacía años y años que él estaba en el extranjero, adonde había partido con otros hombres para reconquistar a la bella Helena. En total rivalidad, entre hombres. Para llevar a buen término su expedición militar y amorosa, hizo inmolar a Ifigenia, la hija adolescente que había tenido con Clitemnestra. Cuando regresa, lo hace acompañado de otra mujer, su enésima amante sin duda.

Clitemnestra también tenía un amante. Pero ella creía muerto a su hombre después de tanto tiempo sin tener noticia de él. Entonces Clitemnestra mata a Agamenón, que regresa glorioso con su amante. Lo mata por celos, tal vez también por miedo, y porque ha permanecido insatisfecha y frustrada durante tan largo tiempo.

Pero el orden pide que, a su vez, ella muera a manos de su hijo, inspirado por el oráculo de Apolo, hijo dilecto de Zeus: el Dios Padre. Orestes mata a su madre porque así lo exigen el imperio del Dios Padre y su apropiación de los arcaicos poderes de la tierra-madre. Mata a su madre y enloquece a resultas de ello, al igual que su hermana Electra. Pero Electra, la hija, continuará loca. El hijo matricida debe ser salvado de la locura para poder instaurar el orden patriarcal. El bello Apolo, más amante de los hombres que de las mujeres, amante narcisista de su cuerpo y de su palabra, amante que hace tan poco el amor como Atenea, su hermana del mismo padre Zeus, le ayuda a salir de la locura.

Locura que, por otra parte, se presenta bajo la forma de una banda de mujeres encolerizadas que lo persiguen, lo acosan por doquier, como una suerte de apariciones de su madre: las Eríneas. Unas mujeres que claman venganza, unas mujeres en rebelión que persiguen, unidas, al hijo asesino de la madre. Mujeres en lucha, en suma. Una suerte de histéricas, revolucionarias, que se sublevaron contra el poder patriarcal que, en ese momento, se halla en vías de instaurarse.

Como veis, todo esto es sumamente actual. La mitología no ha cambiado, todo esto sigue ocurriendo. Sigue teniendo lugar, al igual que surgen, de aquí y de allá, las Ateneas de turno engendradas por el solo cerebro del Padre-Rey. Totalmente a sueldo suyo —o sea, al de los hombres en el poder— y que entierran a las mujeres en lucha bajo su santuario, para que no perturben el orden de los hogares, el orden de la ciudad, el orden, punto. Reconoceréis a estas Ateneas de turno, modelos perfectos de feminidad, siempre veladas y acicaladas de la cabeza a los pies, muy dignas, por esta característica: son extraordinariamente duchas en la seducción (que no es forzosamente lo mismo que seductoras), extraordinariamente duchas en la seducción pero hacer el amor, de hecho, no les interesa.

El asesinato de la madre se salda, pues, con la impunidad del hijo, el enterramiento de la locura de las mujeres —o el enterramiento de las mujeres en la locura—, el acceso a la imagen de la diosa virgen, obediente de la ley del padre. Y, de hecho, cuando Edipo hará el amor con su madre, de entrada esto no le causará ningún daño, si se nos permite decirlo así. En cambio, se volverá ciego y loco al saber que se trataba de su madre. Aquélla a quien él ya había matado, según su mitología.

Ésta es una interpretación posible y que nunca tiene lugar. El suceso se asocia siempre a la ocupación del lugar del padre, al asesinato simbólico del padre. Ahora bien, Edipo reactualiza sin duda la locura de Orestes. Teme a su madre cuando ésta se le revela como tal. Su crimen original le retorna como un eco, teme y detesta su acto, y a aquella que ha sido objeto del mismo. Secundariamente se enfrenta con la ley del padre. Pero quiero decir que lo hace en segundo lugar.

Ahora bien, ¿toda teoría y toda práctica de inspiración analítica no están acaso basadas en esta ambivalencia de Edipo frente a su padre? Ambivalencia que tiene como prenda a la madre, pero que se proyectaría retroactivamente sobre la relación arcaica con el cuerpo de la madre. Y, ciertamente, al ocuparse de la vida pulsional, el psicoanálisis nos habla del seno de la madre, de la leche que ella da a beber, de las heces que ella recoge —regalo por el que manifiesta mayor o menor interés— e incluso de su mirada y de su voz. Demasiado poco, sin duda. ¿Todo ese cuerpo a cuerpo con la madre, que no deja de plantear sus dificultades, no se fantasea, de hecho, ya post-edípicamente? ¿Reproyectado a partir del edipo? ¿La madre no queda ya desgarrada en pedazos por el odio de Edipo cuando es así dividida en fases, cada parte

de su cuerpo teniendo que ser investida y luego desinvertida para poder crecer? Y cuando Freud habla del despedazamiento del padre por los hijos de la horda primitiva, ¿no olvida acaso, con una total negación e ingratitud, a aquella que ha quedado desgarrada entre hijos y padre, entre los hijos?

Una relación de «pulsiones parciales», por tanto, que irían dirigidas al cuerpo que los trajo al mundo, enteros. Definiendo la pulsión genital como aquella merced a la cual el pene fálico le arrebataría a la madre el poder de hacer nacer, de alimentar, de centrar. ¿El falo erigiéndose en el lugar que antes ocupaba el cordón umbilical? Convirtiéndose en organizador del mundo de y para el hombre-padre, en el lugar en el cual el cordón umbilical—primer vínculo con la madre— ha hecho nacer el cuerpo del hombre y de la mujer. En una matriz original, primera tierra nutricia, primeras aguas, primera envoltura en la que la criatura se mantiene ENTERA, y la madre ENTERA. En la cual se hallan ligados, según los términos de una relación ciertamente disimétrica, previamente a todo corte y recorte de sus cuerpos en pedazos.

Los psicoanalistas ven bastante mal este primer momento, nocturno por otra parte. «Regresión fetal», dicen, sobre la cual no puede decirse gran cosa. Planea una prohibición. Habría un riesgo de fusión, de muerte, de sueño letal, si el padre no viniera a romper ese vínculo demasiado estrecho con la matriz original. Para poner, en su lugar, la matriz de su lengua. Pero su ley proscribía ese primer cuerpo, esa primera casa, ese primer amor. Lo sacrifica para convertirlo en materia de su lengua y de su imperio.

Y cuando se le da apellido a la criatura, éste ya viene a ocupar el lugar de la señal más irreductible del nacimiento, *el ombligo*. El apellido e incluso ya el nombre de pila siempre se hallan desfasados respecto a el más irreductible rastro de identidad: la cicatriz del corte del cordón. El apellido y hasta el nombre de pila se deslizan sobre el cuerpo cual revestimientos, piezas de identidad exteriores al cuerpo.

Sin embargo, el psicoanalista, cualquiera que sea el uso que haga de la ley, de lo simbólico, de la lengua y del apellido (el nombre del padre), en su práctica, al menos en general, se sitúa detrás del analizando, cual la madre hacia la cual no deberíamos volvernos. Se trataría de progresar, de avanzar, de salir, olvidándola. Y si el paciente se volviera, ¿se encontraría tal vez con que ella había desaparecido? ¿La habría aniquilado? ¿Como Orfeo que devuelve a Eurídice a los infiernos al volverse?

El orden social, nuestra cultura, el mismo psicoanálisis, así lo quieren: la madre debe permanecer prohibida. El padre prohíbe el cuerpo a cuerpo con la madre.

Pero me entran deseos de añadir: ¡si al menos fuera cierto! Estaríamos muchísimo más en paz con nuestros cuerpos, que los hombres tanto necesitan para alimentar su líbido. Pues la prohibición, por formal que sea, no impide un cierto número de cosas.

¿Pero dónde queda, para nosotras, lo imaginario y lo simbólico de la vida intrauterina y del primer cuerpo a cuerpo con la madre? ¿En qué noche, en qué locura quedan abandonados?

Y la relación con la placenta, esa primera casa que nos rodea y cuyo halo transportamos por todas partes, cual una seguridad del primer momento, ¿cómo se representa esta relación en nuestra cultura?

A falta de una representación de la misma, ¿no existe siempre el peligro de reconstituir la matriz original? ¿De buscar refugio en todos los cuerpos abiertos? ¿De habitar y anidar incesantemente en el cuerpo de las otras?

Así, la abertura de la madre o, por qué no, la abertura a la madre, aparecen como la amenaza de contagio, de contaminación, de hundimiento en la enfermedad: en la locura. Nada de todo lo cual, evidentemente, permitirá avanzar progresivamente con paso seguro. Ninguna escalera de Jacob permite volver a la madre. La escalera de Jacob sube siempre al cielo, hacia el Padre y Señor, el Salvador.

¿Y quién creería, por otra parte, en la inocencia de este vínculo con la madre, cuando sobre quien intenta ligarse a ella recae el crimen perpetuado contra ella?

La madre se ha convertido en monstruo devorador por efecto retroactivo del consumo ciego que de ella se hace dentro de su vientre. Su boca, su garganta, su vientre se abren con sorpresa ante la gestación y el nacimiento, dados sin reservas a través de ellas. ¿A menos que sea un asesinato para olvidar el placer?

El carácter inalterable de lo que, en las terapias analíticas, se denomina «oralidad», la sed infinita, el deseo de estar colmado de ella del que tanto nos hablan y que, según dicen, hace imposibles ciertas curas, ese carácter abismal de una boca de lactante —o de un sexo de mujer, por otra parte—, ¿no se piensa o fantasea ya a partir del odio de Edipo? No hay motivo alguno para que el hambre de una criatura ni el apetito sexual de una mujer deban ser insaciables. Todo demuestra lo contrario. Pero esa aber-

tura bucal de la criatura se convierte en abismo cuando se censura la estancia *in utero* y cuando el corte con esa primera morada y la primera nodriza permanece sin interpretar, impensado, en su cicatriz. Entonces, lo que la criatura pide al seno materno, ¿no es acaso recibirlo todo? Ese todo que recibía en el vientre de su madre: la vida, la casa, la que habita y la de su cuerpo, el alimento, el aire, el calor, el movimiento, etc. Este todo se desplazaría a la avidez oral, a falta de hallarse situado en su espacio, en su tiempo, y en el exilio de aquéllos.

La herida imparable, e irreparable, es la del corte del cordón. Cuando el padre o la madre amenazan a Edipo con el cuchillo o las tijeras, olvidan que el cordón ha sido cortado ya y que basta dejar constancia de ello.

El problema está en que al negar a la madre su poder de engendrar, al querer ser el único Padre (con mayúscula), éste superpone al mundo corporal, carnal, arcaico, un universo de lengua que ya no echa raíces en aquél, excepto como si arraigara en un agujero en el centro del vientre. ¿Cual una estaca o un árbol hundido en la tierra y que delimitaría el espacio sagrado dentro de toda tradición religiosa? Un lugar seguro, sin duda, en el cual puede reunirse el pueblo (¿de los hombres?), pero también lugar de sacrificio, lugar basado en la inmolación que consagra su espacio.

Se sacrifica la fertilidad de la tierra para delimitar el horizonte cultural de la lengua paterna (erróneamente llamada materna). Pero esto no se dice. Al olvido de la cicatriz del ombligo correspondería el agujero en la tela de araña de la lengua. Red que se querría prestar o devolver al poder materno, a la madre fálica; pero cuando se proyecta así sobre ella, se convierte en una reja defensiva proyectada por el hombre-padre sobre los abismos de un vientre mudo y amenazador, amenazador porque mudo.

Así, la matriz, no pensada como lugar de la primera morada en la que nos hacemos cuerpo, se fantasea como boca devoradora, como cloaca o vertedero anal o uretral, como imperio fálico, como reproductora en el mejor de los casos. La matriz con la cual se confunde, en un imaginario siempre mudo, todo el sexo de la mujer.

Para hablar de éste, para nombrarlo, no hay palabras que no sean sucias. De ahí, como afectos correspondientes, la angustia, la fobia, la aversión y la obsesión de la castración. Experimentados sin duda cuando se produce el retorno a lo que siem-

pre se ha negado, denegado, sacrificado para y en la construcción del mundo simbólico paterno.

¿La angustia de la castración no será una rememoración inconsciente del sacrificio que consagra la erección fálica como único valor sexual? El mismo nombre del padre no bastaría como salvaguarda para mantener siempre erecto el sexo del hijo. Y no es el asesinato del padre el que sostiene y amenaza la erección fálica, como nos hace creer el psicoanálisis en una suerte de fe en la tradición y la religión patriarcales.

A menos —pero, hasta hoy, esto sigue siendo impensable— que ese deseo de asesinato del padre no sea un deseo de ocupar su lugar, un deseo rival y competitivo con él, sino deseo de abolir al que ha roto artificialmente el vínculo con la madre para hacerse con el poder.

La erección fálica no todopoderosa sería entonces la versión masculina del vínculo umbilical. Repetiría, si respetaba la vida de la madre —de la madre en toda mujer, de la mujer en toda madre—, el vínculo vivo con ésta. En el lugar que ocupaba el cordón, aparecería el pene que une, da vida, abrevia, alimenta y recentra al cuerpo recordando, en la eyaculación y la detumescencia, la efusión y la cicatriz original que marcan el paso de la vida intrauterina al nacimiento, para el hombre y para la mujer.

Ésta no tendría nada que envidiar al pene, que repetiría, con ella, la escena de la concepción, de la gestación y del nacimiento. Nada de privilegio para uno u otro sexo, un doble re-traer al mundo por y en el reconocimiento del goce de uno y otra. Una doble separación, una doble cicatriz. No la misma, sin duda: interna (también externa, puesto que ella nace igualmente) para la mujer, externa para el hombre. La separación de uno y otra difiere. Mientras que él se aleja y sale de ella, abandonando su vientre, ella es vivida como la que pone fin a la erección dando a luz su goce.

* * *

¿De qué pueden servirnos todas estas descripciones a nosotras, las mujeres? Puede que a algunas os haya sorprendido que aborde las cosas por este lado. Pero comprender e interpretar todo esto viene a representar para nosotras la salida de un mundo de locura que, de hecho, no es el nuestro. De un miedo a la noche, de un miedo a lo no-identificable, de un miedo a un asesi-

nato original que, culturalmente, no es el nuestro. Pienso que es muy importante tomar nota de ello, porque nos siguen colocando una y otra vez en los lugares de esas proyecciones. Y porque todavía nos vemos presas y cautivas, una y otra vez, de esos fantasmas, de esa ambivalencia y de esa locura, que no es la nuestra, excepto por participación. Retomemos, por tanto, la nuestra, y devolvámosles a los hombres la suya.

Por nuestra parte, creo que es importante que rehusemos someternos a una función *abstracta* de reproducción y a un papel social de-subjetivado, regido por un cierto orden, sometido a la división del trabajo —productor/reproductora—, que nos encierra en una simple función. ¿Se ha pedido jamás a los padres que renuncien a ser hombres? Nosotras no tenemos que renunciar a ser mujeres para ser madres.

Otra cuestión. Me propongo enunciar varias de ellas para abrir o introducir el diálogo entre nosotras. También es importante que descubramos y afirmemos que siempre somos madres, desde el momento que somos mujeres. Traemos al mundo otras cosas además de criaturas, procreamos y creamos otras cosas además de criaturas: amor, deseo, lenguaje, arte, expresión social, política, religiosa, etc. Pero esta creación, esta procreación, nos ha estado secularmente prohibida y es preciso que nos reapropriemos esta dimensión maternal, que en tanto que mujeres nos pertenece.

La cuestión de tener o no tener hijos, para que no se plantee de forma traumatizante y patológica, ¿no debería abordarse siempre sobre el trasfondo de otra procreación: una procreación, una creación del imaginario y lo simbólico (si se quieren emplear estas palabras). Las mujeres y sus criaturas saldrían ganando infinitamente con ello.

Otro aspecto que debemos cuidar es, sobre todo, no volver a matar a esa madre sacrificada en el origen de nuestra cultura. Se trata de devolverle la vida a esa madre, a nuestra madre en nosotras, y entre nosotras. De no aceptar que su deseo quede anulado por la ley del padre. De darle el derecho al placer, al goce, a la pasión. De darle el derecho a las palabras y, por qué no, a veces a los gritos, a la cólera.

También tenemos que encontrar, reencontrar, inventar, descubrir, las palabras para nombrar la relación a la vez más arcaica y más actual con el cuerpo de la madre, con nuestro cuerpo, las

frases que traducen el vínculo entre su cuerpo, el nuestro, el de nuestras hijas. Un lenguaje que no substituya al cuerpo a cuerpo, como lo hace la lengua paterna, sino que lo acompañe; palabras que no cierren el paso a lo corporal, sino que hablen en «corporal».

Es importante que conservemos nuestros cuerpos al mismo tiempo que los sacamos del silencio y la servidumbre: Históricamente, somos las guardianas de lo corporal; no debemos abandonar esta guardia, sino identificarla como nuestra, invitando a los hombres a no convertirnos en «sus cuerpos», una salvaguarda de sus cuerpos. Su líbido precisa, a menudo, que alguna (mujer-madre) guarde su cuerpo. En este sentido necesitan a una mujer en la casa, aunque tengan amantes en otras partes. Éste es un punto muy importante, aunque parezca benigno.

Por tanto, es deseable, para nosotras, que hablemos durante el intercambio amoroso. Y también es importante que hablemos mientras alimentamos a una criatura, para que no viva esa alimentación como atiborramiento violento, como violación. Es importante hablar mientras acariciamos otro cuerpo. El silencio es tanto más vivo cuando existe la palabra. No nos dejemos convertir en las guardianas del mutismo, de un mutismo de muerte.

Pienso que también es necesario, para no ser cómplices del asesinato de la madre, que afirmemos la existencia de una genealogía de mujeres. Una genealogía de mujeres dentro de nuestra familia: después de todo, tenemos una madre, una abuela, una bisabuela, hijas. Olvidamos demasiado esta genealogía de mujeres puesto que estamos exiladas (si se me permite decirlo así) en la familia del padre-marido; dicho de otro modo, nos vemos inducidas a renegar de ella. Intentemos situarnos dentro de esta genealogía femenina, para conquistar y conservar nuestra identidad. Y no olvidemos tampoco que ya tenemos una historia, que en la historia, aunque haya sido difícil, han existido algunas mujeres y que con demasiada frecuencia las olvidamos.

A través de todo esto, lo que debemos hacer (pero no se trata de hacer lo uno antes que lo otro) es descubrir nuestra identidad sexual, es decir, la singularidad de nuestro autoerotismo, de nuestro narcisismo, la singularidad de nuestra homosexualidad. Sin olvidar que las mujeres, dado que el primer cuerpo con el cual tienen contacto, el primer amor con el que tienen contacto es un amor maternal, es un cuerpo de mujer, las mujeres, digo, mantienen siempre —a menos que renuncien a su deseo— una cierta relación arcaica y primaria con lo que se denomina homosexua-

lidad. En tanto que los hombres, normalmente, se situarían siempre en la heterosexualidad, puesto que su primer objeto de amor y de deseo es un cuerpo de mujer. Para las mujeres, la primera relación de deseo y de amor va dirigida al cuerpo de una mujer. Y cuando la teoría analítica dice que la niña debe renunciar al amor de y hacia su madre, al deseo de y hacia su madre, a fin de acceder al deseo del padre, está sometiendo a la mujer a una heterosexualidad normativa, corriente en nuestras sociedades, pero completamente patógena y patológica. Ni la niña ni la mujer deben renunciar al amor a su madre.

Intentemos descubrir también la singularidad de nuestro amor hacia las otras mujeres. Lo que podríamos llamar (pero no me gustan estas palabras-etiqueta) entre muchas comillas: ««homosexualidad secundaria»»». Con ello intento designar simplemente una diferencia entre el amor arcaico a la madre y el amor hacia las otras mujeres-hermanas. Este amor es necesario para no seguir siendo servidoras del culto fálico, u objetos de uso y de intercambio entre los hombres, objetos rivales en el mercado, situación en la que nos han puesto a todas.

Es importante que descubramos la singularidad de nuestro goce. Desde luego es posible que una mujer goce según el modelo fálico y no faltarán hombres ni pornógrafos dispuestos a hacer decir a las mujeres que gozan extraordinariamente dentro de tal economía. Pero subsiste el interrogante de si entonces no se ven exiladas de sí mismas. Perdidas para ellas mismas, sin imágenes, sin espejo, que las devuelvan a su identidad. Existen al menos dos modos de goce para las mujeres. Uno, programado dentro de una cierta economía libidinal, según un cierto orden fálico. El otro, mucho más correlacionado con lo que son, con su identidad sexual. Y, con frecuencia, las mujeres son completamente desgraciadas, están paralizadas, se dicen frías, porque no llegan a abrirse dentro de determinado modelo normativo de economía sexual, cuando tal vez lo conseguirían si intentaran reencontrar su propio goce. Lo cual no significa que deba renunciarse al otro. No es mi intención poner a quienquiera que sea ante alternativas y elecciones. Dicho lo cual, pienso que, para descubrir la propia identidad sexual, es importante saber que para nosotras existe otra relación con el goce, distinta de la que funciona según el modelo fálico.

Tenemos muchas cosas que hacer... ¡Pero más vale tener el futuro por delante que por detrás!...

[*Risas de la sala.*]

No esperemos, cual bellas durmientes del bosque, que llegue el príncipe encantado para despertarnos, ni que el dios-falo nos conceda su gracia. El dios-falo, sí, pues si «Dios ha muerto», el falo sigue bien vivo. [*Risas.*]

¡Y muchos portadores del susodicho falo no se toman acaso hoy por dioses hechos y derechos! [*Risas.*] En todas partes, y también y todavía, y quisiera acabar con este punto, dentro de la santa Iglesia católica... [*risas*] ... cuyo sumo sacerdote considera apropiado volvernos a prohibir, hoy en día, los anticonceptivos, el aborto, la homosexualidad, las relaciones extraconyugales, etc. Entonces, cuando ese ministro de Dios únicamente, del Dios-Padre, pronuncie las palabras eucarísticas: «Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre», según el rito canibalístico que ha sido secularmente el nuestro, tal vez podríamos recordarle que él no estaría allí si nuestro cuerpo y nuestra sangre no le hubieran dado la vida. [*Risas.*] Y que es a nosotras, a las mujeres-madres, a quienes está ofreciendo como alimento cuando así procede. Pero esto no debe saberse. Por esto las mujeres no pueden celebrar la Eucaristía... Parte de la verdad que se oculta tras ella quedaría brutalmente desenmascarada.

EL OTRO GÉNERO DE LA NATURALEZA *

Anne-Marie: La naturaleza, lo terrorífico es que ya no sabemos qué es...

Luce: ¿A qué naturaleza nos referimos? Muchos malentendidos actuales, incluso entre mujeres, proceden de que se interpreta esta palabra según la definición ya dada por la cultura masculina o, más exactamente, falocrática. Ahora bien, este concepto o esta noción de «naturaleza» sirve para establecer o mantener una jerarquía. Habría una naturaleza *buena* —la construida u organizada de acuerdo con el orden de los dioses-hombres, y otra *mala*: caótica, temible, rebelde, inculta... Nosotras estaríamos del lado de la inculta, salvo cuando nos sometemos a los modelos que se nos imponen, a los papeles que se esperan de nosotras: virgen-madre reproductora de los hijos del padre, mascarada de feminidad que estimula el deseo del hombre a través de un juego de mimetismos, de velos y de apariencias. Aunque, en realidad, jamás seríamos cultivables del todo. Lo maternal siempre da miedo, siempre suscita ambivalencia. Y las mujeres más travestidas de feminidad, ¿no existe acaso el riesgo de que arrastren, especie de demonios, al hombre seducido adonde no quería ir?...

Las palabras «mujer» o «femenino», según nuestra cultura, ya nombran por tanto una subordinación que debemos rechazar. Es preciso desgajarlas de un horizonte tradicional. Cuando yo hablo de naturaleza no utilizo este término en el sentido que en general suele tener en la cultura occidental: naturaleza humana, naturaleza del alma, naturaleza psíquica... Tenemos que reencontrar la naturaleza por encima o más allá de nuestra tradición sociocultural. Volver a los elementos cósmicos: el fuego, el aire, el agua, la tierra, a menudo olvidadas y al mismo tiempo sobreexplotadas

* Conversación con Françoise Clédat, Xavière Gauthier y Anne-Marie de Vilaine. Publicada en la revista «Sorcières», n.º 20: *La nature assassinée*.

en nuestro universo tecnocrático. Elementos materiales, físicos, indispensables para la vida, constitutivos del cuerpo y su entorno, la mayoría de las veces expulsados de los discursos que dictan la ley. ¿Igual que lo femenino? Lo femenino siempre maternal, incluso fuera de toda procreación, tal como ésta suele entenderse de forma bien limitadora... Sin considerar para nada todo lo que traen al mundo las mujeres al margen de su maternidad tradicional.

Xavière: Es verdad que intentan engañarnos cuando hablan de nuestra diferencia. Se nos dice: pero entonces existe una «naturaleza» femenina, y evidentemente se trata de una definición masculina. De hecho, ¿por qué habría de ser difícil decir qué es la naturaleza? Se puede partir perfectamente de una definición muy concreta: lo vegetal, lo animal... Para mí, la pregunta clave es la siguiente: ¿cómo se explica que actualmente se produzca un destrozo, una desfiguración, una negación de la naturaleza (un asesinato suicida en realidad) y al mismo tiempo, y paralelamente, una desfiguración, un destrozo, una negación de lo femenino? Lo interesante sería sacar a la luz la relación entre ambas cosas.

Luce: Esta desfiguración, que significa una negación, una denegación, viene de lejos... Y si bien el destrozo de que tú hablas se manifiesta más dramáticamente en la actualidad, hace siglos que se estaba haciendo posible, que se preparaba, que se perpetuaba en silencio. La escalada hacia la explotación técnica de la naturaleza y la sobrevaloración de la reproducción de criaturas han convertido el mundo actual en lo que es. ¿Un mundo construido según los criterios y las exigencias de la economía de la naturaleza masculina? Porque, en realidad, objetar, de forma más o menos irónica, que afirmar la diferencia equivale a reivindicar una «naturaleza femenina» es negarse a entender que el mundo que conocemos obedece a una *naturaleza masculina*, que sería una supuesta *naturaleza humana*: universal, neutra y asexuada. Dicho esto, utilizar la expresión «naturaleza femenina» —que en realidad no empleamos ni vosotras ni yo— es una torpeza, puesto que pertenece al mismo sistema que otras expresiones como *naturaleza humana*, *naturaleza del alma*, etc. Lo que nos importa son la naturaleza y las mujeres explotadas por la sociedad y la cultura patriarcales.

Anne-Marie: Sí, es totalmente cierto. Esto enlaza con la pregunta que quería hacer: ¿No debería intentarse reencontrar tan-

to lo masculino como lo femenino bajo el condicionamiento cultural?

Luce: Desde luego. Pero liberar el polo del otro —el nuestro— perdido bajo un discurso y una ley pretendidamente universales, ¿no es precisamente devolver la posibilidad de descubrir su singularidad a un sujeto que se ha erigido en absoluto? Afirmarnos mujeres, ¿no es una forma de ofrecer a los hombres la posibilidad de encontrar su identidad masculina, sin que pretendan ser, o se crean obligados a ser, los creadores y dueños de la tierra y del cielo? Con toda la neutralidad...

Anne-Marie: Bajo el condicionamiento cultural, bajo una oposición entre los sexos socialmente fabricada, ¿no descubriremos tal vez la bisexualidad, una bisexualidad que posiblemente se expresa de un modo distinto en el hombre y en la mujer?

Luce: La bisexualidad, tan de moda últimamente, me parece una «promoción» bastante llena de trampas. En tiempos de Freud, una mujer un tanto viril inspiraba repulsión y burlas y un hombre femenino, desprecio y vergüenza. Actualmente, se otorga a las mujeres —al menos de palabra, de forma más o menos demagógica o electoralista— el derecho a ser una ciudadana completa, mientras los hombres todavía tendrían que descubrir su parte femenina de goce. Bastante divertido como cruce de objetivos... Las mujeres tendrían que recuperar su retraso en la carrera de los derechos, esto es, de los poderes, mientras los hombres completarían su devenir sexual femenino. Ellos entrarían en el devenir mujer en el mismo momento en que ellas se crearían obligadas a salir de él para liberarse de una explotación históricamente vinculada a su sexo. Al renegar de nuestra diferencia para conquistar la igualdad, ¿no nos hacemos cómplices de este proceso? ¿De una escalada del imperialismo occidental masculino, de hecho? Rechazar la opresión de las mujeres no significa renunciar a nuestro cuerpo, nuestro sexo, nuestro imaginario, nuestra palabra..., sino descubrirlos y nombrarlos en el contexto de sus valores. ¿Luchar contra el racismo significa acaso tener que renunciar a la propia raza?

Evidentemente, es muy importante expresar la sexualidad en todas sus dimensiones. Que cada sexo viva su bisexualidad parece incluso indispensable para el deseo y el amor entre sexos distintos. Y una heterosexualidad normativa se revela a menudo patológica y patógena por el rechazo de los componentes autoeróticos

y homosexuales. Pero lo femenino en el hombre no equivale a lo femenino de la mujer, ni lo masculino en la mujer a lo masculino del hombre. Un sistema de identificaciones no se confunde jamás con una realidad corporal. ¿Salvo en ciertos delirios paranoicos en los que el sujeto se toma por el mismo Dios?

Lo cual no significa en absoluto que deba remitirse a las mujeres a su «destino anatómico», sino que debemos estar atentas a aquella parte de nuestro cuerpo sometida y atada por una historia regida por el otro sexo.

Pero el otro sexo siempre se escapa. Cualquier otro(a) se resiste a una total comprensión, más aún cuando existen diferencias de raza, de cultura, de clase. Pero, entre los sexos, subsiste una especie de alteridad insuperable que sin duda explica una atracción y, a veces, un rechazo mutuos.

Algunas experiencias corporales-sexuales de los hombres nunca serán más aunque me afecten, participe de ellas, me causen goce o dolor. Nunca podré sentir las, imaginarlas, pronunciarlas como ellos. Como tampoco pueden hacerlo ellos con las mías, las nuestras. ¿El discurso sobre la bisexualidad no tiende en realidad a anular esta diferencia en un imaginario sexualmente «neutro»? ¿Su propósito, en un momento en que las mujeres comienzan a afirmar lo que son, no será tal vez controlar dentro de un discurso único todo cuanto parece valiente? ¿La reivindicación de la bisexualidad no se transforma acaso bastante a menudo en represión de cuanto podrían revolucionar las mujeres dentro del lenguaje, las leyes, el orden social y cultural?

Xavière: Esta trampa de lo andrógino es una nueva forma de hacer desaparecer lo femenino justo cuando empieza a aflorar. Es algo muy grave.

Anne-Marie: Al mismo tiempo, esta oposición tan artificial, esta segregación de los sexos, esta heterogeneidad entre lo masculino y lo femenino... se han creado por temor a la homosexualidad.

Luce: ¿Ello no corresponde acaso a lo que sucede casi siempre en la actualidad? En una conferencia o un debate sobre la sexualidad femenina siempre se repiten algunas preguntas. La de la bisexualidad entre otras. Cómo responder a ellas excepto invitando a los —y a veces a las— que la hacen a vivir su autoerotismo, su homosexualidad con toda la libertad que les sea posible, aceptando que a los/las demás les ocurra lo mismo y de un modo distinto. Que no se asimilen el autoerotismo y la homo-

sexualidad de los hombres y de las mujeres dentro de un mismo modelo. Que se acepte la alteridad en el encuentro de los sexos. Lo cual marca unos límites a la potencia y el poder, siempre ávidos de abarcar el Todo. ¿Cómo podemos tener la misma experiencia que los hombres de la tumescencia y detumescencia? Percibimos algo de ella, podemos intentar imaginarla, pero jamás nos afectará como a ellos el modo de relación con el espacio, con el tiempo, con el otro o el Otro que implica. De igual modo, ellos viven algo de nuestro goce, supongo, pero algo tan diferente... Para ellos, ¿no representa tal vez el riesgo del abismo, del «agujero» en sus sistemas de representaciones y en su lenguaje?

Anne-Marie: No estoy de acuerdo. Pienso que en la medida en que emerja, en que se exprese lo femenino, se vivirá de otra manera la bisexualidad.

Es cierto que es peligroso proceder a la inversa y empezar a hablar de bisexualidad antes de que se haya dado esa emergencia, esa desalienación de lo femenino. Pero pienso que la emergencia de lo femenino y de lo masculino, escapando a la trampa cultural, permite vivir la bisexualidad de un modo distinto, vivir de manera diferente la dialéctica masculino-femenino. Actualmente ésta está totalmente falseada, puesto que ahora cuando un hombre se identifica con una mujer, se está identificando con alguien que viene definido desde el exterior, en relación a una norma socio-masculina. Espera que le ridiculicen si expresa su «feminidad» y no se identifica en absoluto con ese femenino que comienza a aparecer. Del mismo modo nosotras, cuando nos referimos a lo masculino, nos estamos refiriendo a algo opresor, a un discurso de dominio, a unos estereotipos caricaturizados de la virilidad.

Luce: ¡Ciertamente es deseable que cambien los estereotipos masculinos y femeninos! Pero no para abolir la diferencia entre los sexos. Lo que no deja de chocarme siempre es la violencia, el temor, la ira... que suscita la afirmación de esta alteridad sexual. ¿Por qué? ¿Porque hace imposible la dominación del uno por el otro? Y también me deja estupefacta la pregunta: «¿Qué más tenéis vosotras?» La cual responde sin duda a un discurso de dominación... «¿Qué tenéis que podríamos tener nosotros, que todavía nos falta?» *Nada*. La diferencia sexual marca un límite, pero no es cuestión de *más* o de *menos*. No se puede cuantificar. Escapa al cálculo económico, al saber totalitario o absoluto. Pretender poderse identificar totalmente con el otro, asimilárselo sin más, es la culminación del sistema «delirante» del Amo. Amplia-

mente dominante, justo es reconocerlo... ¿Como un proceso en toda la regla en el cual afirmarse se penaliza por prejuicio del Uno? De hecho, este proceso se desarrolla subrepticamente un poco en todas partes. Y es cierto que si hablamos de una manera distinta que los «amos» y se manifiesta que lo que decimos no son sólo tonterías, esto les quita poder... Lo que no ven es la potencia que les deja o les devuelve este gesto. Diríase que no les interesa demasiado. Esto genera malentendidos tragicómicos. Así, en el momento en que pedimos o nos tomamos la libertad de ser madres sólo cuando lo deseemos, los hombres se lanzan sobre el problema, muy doloroso para ellos, de no poder dar a luz. Su problema de siempre, por otra parte. Pero que ahora recupera actualidad.

Xavière: Lo que está pasando en estos momentos es muy peligroso: se está produciendo una recuperación de la maternidad por parte de los hombres. Es algo galopante.

Luce: ¿Dónde y cómo la ves?

Xavière: Por una parte, en la ciencia. Siempre ha sido así, pero ahora está adquiriendo proporciones realmente inquietantes... Como caso extremo: la posibilidad, según dicen los sabios, de hacer criaturas fuera del vientre materno. Es su meta. Lo que buscan con sus investigaciones.

Por otra parte, se da una identificación del hombre con la mujer que da a luz. Es la última moda. Con el pretexto de que está junto a su mujer cuando ella da a luz, él cree y quiere hacer creer ¡que es él quien da a luz! (Y hay mujeres que lo viven como una victoria...) Se produce una recuperación muy particular del fenómeno de la maternidad y del parto por parte de los hombres. Una demanda de fusión en una especie de magma unisexo. Pienso que esta recuperación de lo femenino, de lo que pertenece a la mujer, se parece a la recuperación de la naturaleza. Es a la vez una destrucción, una negación y un intento de apropiación.

Creo que debemos decirlo: esta posibilidad (no hablo de poder) que tiene la mujer de crear hijos/as, de crear vida, esta posibilidad de la maternidad en la mujer (sea madre o no) es, en gran parte, el origen del temor masculino. El miedo del hombre a la mujer y a lo femenino se confunde con su miedo a la naturaleza, a la posibilidad de crear vida que tiene la naturaleza. La naturaleza no es inerte en absoluto. Puede resultar aterradora.

La selva virgen es aterradora. Tiene una fuerza impresionante. La opresión del hombre se ejerce para intentar contenerla.

Anne-Marie: Este acto de dar a luz es importante, más importante aún si tenemos presente que la crisis actual, ecológica en particular, es una crisis de la relación con lo vivo, de la relación con la madre entre otras cosas, y en esto coincido totalmente con Luce y Xavière en la idea de que la base, el fundamento de la cultura falocrática es el odio, la negación, el rechazo de la madre y por eso los hombres construyen un mundo anti-vida. Y cuando se acercan a la vida, al origen de la vida, y se reconcilian con este sexo dador de vida, esto no puede considerarse como un mal.

Luce: Claro que no. Pero en la mayoría de tus argumentos olvidas el tipo de organización social en que vivimos. Si realmente existiera una división de fuerza —prefiero hablar en términos de fuerza y no de poder—, estaría de acuerdo. Pero no hemos llegado a eso todavía. No compartimos las decisiones en ningún campo, aunque alguna vez lleguemos a compartir algo, a ratos, con parejas privilegiadas. Pero el panorama general es tal que no estamos en situación de compartir, sino de sumisión, de obediencia obligada a decisiones ajenas. Podemos soñar con la «igualdad» de derechos entre los sexos. En la práctica ésta no existe. Y tus propuestas pueden contribuir a reforzar el no-compartir efectivamente, mientras nos dejamos mecer o nos drogamos con ilusiones.

Anne-Marie: Yo diría que a la vez tienes y no tienes razón. La tienes en tanto es cierto que en la sociedad actual existe un tal desequilibrio de fuerzas a favor del hombre que si éste se interesa por la maternidad, lo hace una vez más con una idea de apropiación, de recuperación. Pero también te equivocas, pues yo pienso que los hombres que realmente intentan implicarse en el embarazo, en el parto, junto con sus mujeres constituyen unas pequeñas islas marginales de vanguardia, en las que a lo mejor comienza a vivirse una relación distinta entre los sexos. Porque estos hombres, además de compartir con las mujeres el amor y el gozo de la criatura, y también el poder, comparten igualmente las tareas materiales cotidianas. Aunque es probable que la sociedad intente malear estas experiencias, esto es cierto.

Luce: Debemos permanecer alerta y no olvidar el análisis objetivo de las situaciones. Con mayor razón en la medida en que, para nosotras, lo «privado» y lo «público» están particularmente

imbricados. E igual que a menudo me parece desfasado e inútil un cierto tipo de agresividad individual, también resulta ridículo transformar algunos logros personales en: «los únicos problemas que tienen las mujeres son los que ellas mismas se inventan o no consiguen resolver individualmente»... Pero la idea ha sido cuidadosamente explotada y manipulada por el orden establecido. Los medios de comunicación, por ejemplo, ¡utilizan la imagen de las «afortunadas de turno» de un modo que es demasiado!

También se impone una cierta prudencia ante los «nuevos feministas». ¡Que me perdonen! Pero, igual que alguien no puede convertirse en proletario, lo cual no excluye el poder luchar con y para ellos, tampoco se puede descubrir la condición femenina «desde fuera». Y si algunos hombres sostienen nuestras luchas, ¡tanto mejor! Pero que pretendan librarlas en nuestro lugar, y mejor que nosotras, da lugar a nuevas formas de represión de la palabra de las mujeres. Los ejemplos abundan. Nuestros (?) elegidos son bastante geniales en la materia... Al margen de que la distancia que media entre los grandes discursos y los comportamientos «en casa» de los nuevos feministas a menudo resulte poco palpable, excepto para las que sufren sus consecuencias. Me parecería muchísimo más pertinente que los hombres se preocuparan de su propia liberación, que se agrupasen en un Movimiento de Liberación de los Hombres, que abordasen juntos sus problemas afectivos y sexuales. Lo cual sin duda les permitiría aceptar con mayor serenidad nuestra alteridad.

Xavière: Nuestra alteridad, desde luego. Y la realidad de nuestra producción particular de vida, tan esencial como lo es la producción de la tierra, pero igualmente ocultada. En nuestra forma de sociedad hiperindustrializada y nuestro modo de producción capitalista olvidamos el origen nutridor, tanto de la tierra como de la mujer. ¿De dónde vienen los tomates que comeré este mediodía? De la cadena de tiendas de alimentación que abastece mi barrio. Ya no veo que proceden de un terreno cultivado. ¿Quién alimenta a mi hijo? El farmacéutico que vende los «pótitos» (¡tan útiles por otra parte!) y las leches «maternizadas». El niño pierde el contacto con mi calor dador de vida. Demasiados intermediarios. Una excesiva parcelación de las tareas. Y la producción femenina —y paralelamente a ella la de la naturaleza— se ve relegada a un terreno que sólo sirve para que lo exploten los hombres.

Luce: Esta explotación no es paralela, es la misma. Labrar la

tierra, sembrarla, hacerla producir todavía más mediante técnicas cada vez más sofisticadas, no corresponde siempre y en todos sus aspectos al «destino» femenino, es cierto, pero no deja de aproximarse mucho. Y cuando las mujeres producen menos niños, ¿no se ven obligadas, sin embargo, a someterse a unas técnicas de goce que no necesariamente les convienen? ¿O también a trabajar una cantidad de horas al día que desborda todos los pronósticos? ¿Qué cantidad de fuerza de trabajo aportan las mujeres? ¿A cambio de qué salario? Y si bien se describe gustosamente la «naturaleza femenina» (!) como físicamente más resistente —por suerte...—, se habla mucho menos del número de mujeres que se ven obligadas a drogarse químicamente para «aguantar». Con frecuencia se dice «que ellas se escuchan más». ¿Cuándo? ¿Y cómo? Porque para escucharse es preciso poder hablarse, disponer de un lenguaje, tener ocasión de expresarlo. El silencio de la tierra, del animal, del «salvaje», del niño/a, del «loco/a», de la mujer... son otros tantos silencios que hacen posible la explotación.

Anne-Marie: Pienso que la desaparición de las etnias, de las culturas minoritarias, de algunas especies, es la culminación del mismo proceso que ha llevado a confundir diferencias e inferioridad y a poner a la mujer al servicio del hombre. La actitud etnocéntrica y falocéntrica de la civilización occidental la ha llevado a esclavizar, manipular todo lo que no era blanco, hombre y occidental. Igual que están en vías de desaparición ciertas etnias y ciertas especies, y casi todo lo que era apropiable, también lo femenino está en vías de desaparecer, al mismo tiempo que la naturaleza.

Xavière: Creo que se debe decir que algunas formas de «reivindicación» feminista hacen de la mujer una especie en vías de desaparición.

Luce: Las reivindicaciones de igualdad entre los sexos. Las que quieren que las mujeres sean hombres en todo. ¿Por qué? ¿Y no debería ponerse más bien en entredicho una determinada concepción de la producción para acabar así con esta nostalgia de un devenir masculino? La cultura funciona a base de inversiones que no debemos olvidar. Así, las mujeres serían reproductoras y los hombres productores. Pero, ¿no han intentado acaso siempre los hombres reproducir lo que producía la naturaleza? ¿No han vuelto a crear lo que ya existía? Es cierto que han transformado

la naturaleza, que han construido un mundo, varios mundos, ¿pero no están llegando ahora al agotamiento de las reservas naturales para reproducir sucedáneos de las mismas? ¿Para cuándo los cuerpos artificiales? Después de las leches en polvo, los cerebros electrónicos, etc.

Anne-Marie: Por ejemplo, el trigo y el maíz. Han creado especies de trigo que permiten obtener varias cosechas al año y que en realidad son unas especies híbridas muy frágiles. Un año un parásito destruyó millares de hectáreas de maíz en los Estados Unidos. Y lo mismo ocurre con el ganado: se crean razas cada vez más elaboradas, cada vez más lecheras, pero pueden producirse epidemias que diezmarían estas razas con gran facilidad y si no se ha conservado ni una sola estirpe salvaje es concebible que ciertas razas de vacas lleguen a desaparecer por completo de la tierra.

Luce: En la mitología griega —que es la que todavía impregna nuestro imaginario— vemos cómo se instaura esta concepción de la naturaleza. Demeter, por ejemplo, es una diosa de la productividad de la tierra. Pero los dioses-hombre, los dioses-padre, se apropiarán de la fuerza de las diosas femeninas y maternas para fundar su imperio. Esta implantación del poder patriarcal exige que el modelo de lo femenino, o mejor de la feminidad, que se convertirá en ley, sea Atenea, hija sólo del Padre, salida «totalmente armada» del cerebro de Zeus, después de que éste engullera a la diosa del mar. Atenea, cuyo cuerpo está siempre cubierto, enmascarado, armado, reniega de su genealogía materna y afirma estar siempre del lado de los hombres de todo corazón, excepto al llegar al himen. Los seduce, pero no tiene ningún intercambio carnal con ellos. También seduce a las mujeres, pero para apaciguar y someter sus pasiones e inducir las a quedarse «tranquilas», encerradas en una especie de cueva subterránea. ¿La identidad de Atenea? Encarnar el pensamiento del Padre y ser su mediadora ante todos. Para cumplir este destino renuncia a su goce y su fecundidad de mujer. Se arma de atributos técnicos que sirven para establecer la soberanía del Dios-Padre.

Este reinado de Atenea es posterior al asesinato de la mujer-madre y al sacrificio de su hija, necesarios para la soberanía de Zeus. Los mitos y tragedias griegas así lo dicen: la fertilidad de Demeter estará sometida en adelante a las técnicas agrarias, más que al ritmo de las estaciones, y Koré, su hija, será ofrecida por Zeus en matrimonio a Hades, dios de los infiernos. En la *Orestíada*

también se ve que el asesinato de Clitemnestra —mujer-madre siempre amante— por obra de su hijo ha sido inspirado, en realidad, por Apolo, hijo querido de Zeus. Previamente a este matricidio, ya se había procedido al sacrificio de Ifigenia, hija adolescente de Clitemnestra.

Un doble crimen fundamenta siempre, por tanto, la soberanía de los dioses-hombres y la genealogía patriarcal: el de la madre-amante y de su hija. Ellas deben reducirse a no ser más que tierra reproductora y encarnación de la voluntad del Padre. La mujer, la hija, pierden con ello su relación con la *producción*. En adelante sólo serán *reproductoras*.

Anne-Marie: Según Gérard Mendel, en algunos casos los hombres fantasean la técnica como una madre todopoderosa e infantilizante.

Luce: En una proyección o re-proyección sobre las mujeres de las armas o las técnicas que les han imputado los hombres. Una especie de temibles madres fálicas, en efecto. Más aún cuando se trata de una identidad prestada, que no corresponde a su cuerpo, que lo niega. Estas madres con falo artificial(es), investidas de una fuerza o un poder que no les pertenece, son criminales bastante peligrosas. Lo sepan o no, lo quieran o no. A menudo, simplemente ejercitan una función que les ha sido reservada por la historia. Perpetúan, a su pesar, el asesinato de la madre-amante y de su hija en beneficio del imperio patriarcal. En el mismo gesto destruyen una parte de sí mismas, de su goce.

En *Amante marine*¹ he intentado mostrar cómo se efectúa históricamente esta escisión que desgarrar a las mujeres, que las divide, y que los hombres también sufren, pero de un modo distinto. También señalo que, para nosotras, es importante remontarnos más allá de la instauración de nuestra lógica, de nuestra razón, de nuestra relación con el buen sentido, con el ideal, con Dios, para reencontrar una relación con los elementos básicos familiares a nuestro cuerpo, a nuestro goce: el agua, el aire, el fuego, la tierra. ¿No continuamos acaso exiladas del lugar, de los lugares, donde podríamos habitar y seguir vivas? Alejadas de esta «arquitectura» corporal y cósmica que no nos expatría de nuestros sentidos, de nuestra sensibilidad. Perdidas al no sentir ya aquello que nos es más íntimo. Dispuestas desde entonces a revestir,

1. Luce Irigaray, *Amante marine de Friedrich Nietzsche* (París: éd. de Minuit, 1980).

a adoptar los roles que se esperan de nosotras, a mimar las técnicas de seducción que tienden a nuestra colonización, nuestra explotación: a través de una sobreproducción de criaturas, de fuerza de trabajo, de energía, también en el goce. Porque el goce puede convertirse en una expatriación, una desvitalización, un desafecto hacia nosotras mismas. Sostener, alimentar unívocamente el narcisismo de un compañero (de una compañera) confirmarlo en la convicción de lo pertinente de sus técnicas y en su papel, también allí, de único productor.

Anne-Marie: Y llegadas a este punto, nos vemos obligadas a plantearnos de nuevo la cuestión de los orígenes, a preguntarnos si la sociedad patriarcal en la que vivimos no es relativamente reciente y si no es resultado de un trasvase de poder en beneficio del hombre que podríamos situar en el Neolítico Medio. Antes habría habido milenios de una civilización y una religión que valorizaban lo femenino. Este origen común a toda la humanidad se ha ocultado completamente, se ha negado de tal forma que antes del patriarcado se extiende un blanco, un vacío de varios siglos. Pero un número creciente de autores/as comienzan a reunir indicios, a exhumar rastros de una prehistoria femenina que modifica completamente, para las mujeres, la perspectiva desde la cual se sitúan dentro de la civilización de hoy. Para simplificar, digamos que existe una hipótesis según la cual habría habido una mujer que producía criaturas mientras los hombres no producían nada y la tierra estaba desnuda. Esta mujer habría aparecido dotada de un poder mágico para los hombres, que habrían venerado su fertilidad bajo la imagen de una diosa. Luego el hombre habría comprendido, observando el ganado, que el macho también cumplía un papel en la procreación. Después de haber creído que no intervenía para nada en la reproducción, habría comenzado a atribuirse el papel activo, preponderante, asimilando a la mujer a la tierra, materia inerte que recibía la semilla divina y que no desempeñaba ningún papel activo. Esto se habría producido entre seis y tres mil años antes de Cristo, según las regiones, coincidiendo con la gran revolución técnica del Neolítico. Si estas hipótesis fuesen correctas, podría decirse que continuamos viviendo de acuerdo con ese esquema, un esquema patriarcal basado simultáneamente en la sobrevaloración, los celos y el rechazo de la envidia del poder procreador de la mujer. Envidia (del útero) que constituye el fundamento de una organización social en la cual se condena a la mujer a reproducir al hombre, los valores masculinos, en la cual se la niega en tanto

que ser activo y creador, puesto que el hombre alimenta su fuerza y deriva su seguridad del sentimiento de que la naturaleza, la mujer es infinitamente manipulable y moldeable...

Luce: Moldeable, ¿es decir formable o informable a partir de un modelo? Mientras otra función de lo «femenino» es asegurar la resonancia de la creación de los dioses-hombres. Ser espejo de sus producciones para que así ellos puedan reconocerse en él, confirmando su identidad, y proseguir su obra.

Esta especularización del otro es deseable de hecho. Pero falta que sea recíproca, que se desarrolle al margen del esquema modelo/copia y que quede claro que alguna cosa del otro escapa siempre a la reflexión o reproducción por parte del mismo. Falta que aquella suponga una búsqueda de identidad para el uno(a) y la otra(o) y no un sometimiento a un ideal único. Ideal al que deberían someterse —con mayor o menor capacidad de fidelidad...— las mujeres-madres y la obediencia al cual deberían imponer a sus hijos/hijas.

Los efectos más insoportables de la aplicación de este modelo fálico son los que resultan de su manipulación por parte de las mujeres. Y debe escucharse con atención la objeción que a menudo nos han planteado los hombres en cuanto a lo que han sufrido y siguen sufriendo por obra de las «madres fálicas». Pero no es a base de denunciar su o sus síntomas que se podrá cambiar un orden social y cultural. El o los síntomas indican la necesidad de una interpretación y una reevaluación del conjunto. Y en cuanto a que las madres fálicas sean el síntoma más cruel del imperio del falo, ¡evidentemente! Pero modificar la organización del mundo no ha estado, ni ayer ni hoy, en sus manos. Ellas no hacen la ley, las leyes. No tienen ningún poder político. Y hacerlas cargar con el peso de determinados regímenes totalitarios, por ejemplo, evidencia un análisis bastante deficiente de la gestión efectiva de los poderes públicos. Es cierto que, en el interior de la propiedad privada, de la familia, las mujeres-madres ejercen a veces una omnipotencia, tanto más perniciosa por cuanto es fantasmagórica y que el niño/a es incapaz de disociar imaginario y realidad. ¿Pero han querido ellas esta célula familiar? ¿Esta propiedad privada es la suya? ¿Detentan ellas de algún modo la gestión de la relación que vincula la propiedad privada con el Estado? ¿O perpetúan ciegamente una situación elaborada con y sin ellas? ¿Se nos ocurrirá acusar acaso a los proletarios de haber hecho el juego al capitalismo?

Lo que es muy doloroso, al menos para mí pero no sólo para

mí, es que mujeres que han «tomado conciencia», según se dice, de una cierta economía política, mujeres en lucha por su «liberación», perpetúen o a veces incluso acentúen la opresión fálica. Ejercíendola, en virtud de un privilegio, sobre mujeres solas —hay muchas...— y procurando aislarlas, por otra parte, para mejor seducirlas y reducirlas. ¿Reconocéis el modelo? ¿Hasta tal punto han quedado cegadas esas mujeres por los esquemas en que se han encontrado atrapadas? ¿Las anima una pasión de autodestrucción, que se ejerce sobre sus similares pero que no puede dejar de alcanzarlas también a ellas? ¿A qué, a quién, obedecen? Nunca deja de sorprenderme su reserva de rivalidad, de competitividad, de crueldad hacia las otras mujeres. A veces —sólo a veces— me entran ganas de reír. ¿La falta de líbido de las mujeres? ¡Qué exorcismo! Sin duda tienen siglos de rechazo y de censura por recuperar... ¿Con excesos que todavía no han tenido tiempo ni lugar para descubrir sus potencialidades creadoras?

Reproductoras desde siempre, nos queda por inventarlo todo en lo tocante a la organización de la producción de nuestros deseos, nuestros placeres, nuestras «obras». Esta es la apuesta más crucial de las luchas actuales de las mujeres: ¿cómo actuar para que estas fuerzas que nos descubrimos, por encima y más allá de la procreación tradicional, lleguen a ser creadoras de *nuestros* valores? Limitarse demasiado exclusivamente a la crítica equivale a perpetuar el riesgo de autodestrucción y de esterilidad, culturales al menos. Y, más «radicalmente», de autodestrucción corporal y sexual.

Sería indispensable que hablásemos entre nosotras de estas cuestiones. Con demasiada frecuencia se eluden, se expresan al margen de nuestros encuentros *sociales*, en forma de confidencias, cuchicheadas al oído... Y reaparecen brutalmente, en los medios de comunicación por ejemplo, como prueba del fracaso de las luchas de las mujeres. Por no haber abordado nuestros problemas afectivos, sexuales, entre nosotras, tenemos que enfrentarnos con nuestros profesores, nuestros censores, nuestros árbitros de siempre.

Anne-Marie: Tengo una pregunta: ¿las mujeres son una reserva de civilización? ¿Simplemente por el beneficio de la duda?... Al no haber sido agentes activos sino un poco las cómplices y, sobre todo, las víctimas de la civilización patriarcal, puede pensarse que no son responsables del desastre ecológico y que podrían tener otra versión del mundo...

Luce: El solo hecho de que podamos hacer una crítica global de la civilización que existe ya bastaría para demostrar que somos una reserva de civilización. Utilizadas como materiales, objetos, prendas de esta cultura, ¿no seguimos estando siempre, y todavía, fuera de ella, en tanto que no-creadoras del orden en el cual debemos vivir? Pero, también en este caso me parece indispensable no quedarnos en la crítica y la reivindicación. Indispensable no aguardar un porvenir que no llegará si no empezamos a darle cuerpo ahora mismo: hablando de un modo distinto, amándonos diferentemente, pensando y actuando lo político según nuestras necesidades y deseos. Remitir la liberación de las mujeres a un pasado anterior, a un futuro improbable o lejano, a las culturas que no son las nuestras, me parece una forma de censurar, nuevamente el afloramiento de las preguntas que se plantean y se imponen entre nosotras. Iniciar y proseguir esta liberación en los más mínimos detalles de nuestras vidas, minuto a minuto, de manera vigilante y perseverante, ¿no es el gesto más urgente que debemos realizar? Lo cual supone politizar nuestras vidas de punta a punta, pero no en la línea de los discursos políticos vacíos, sino en el descubrimiento de palabras, gestos, lugares, cuerpos *habitables*.

Françoise: Salvo que las otras culturas tal vez nos permiten articular de otra manera nuestro discurso sobre el goce. Y yo me decía, un poco tontamente, ¿este discurso, cómo lo plantearía si tuviese un hijo que se muere de hambre? ¿O si fuese una esposa de pescador de Minamata? Y me pregunto —porque tengo la impresión de que existe una urgencia—: ¿cómo podría llegar a ser eficaz y operativo nuestro discurso sorbe el goce a partir de esta realidad y de este interrogante?

Luce: Yo no hablaría de goce de otra manera que como lo hago o intento hacerlo. ¿Por qué? Evidentemente, si el goce se reduce a una explotación capitalista de los cuerpos, esos ejemplos recuerdan realidades vitales elementales. Imaginar la aplicación de determinados modelos o imperativos pornográficos en las circunstancias que tú evocas parece ridículo... Por otra parte, esta misma idea ya permite interpretar hasta qué punto pueden estar ligados a un sistema económico y social los esquemas de goce. Cosa que no siempre se ve ni se percibe. En efecto, para querer producir, hacer producir, cada vez más y más goce, hasta el agotamiento de las reservas, hasta la muerte por último, es preciso no tener ninguna preocupación inmediata de supervivencia. En nuestra cultura, un relativo bienestar, el progreso de la ciencia y

de las técnicas médicas, etc., han permitido olvidar la muerte. ¡Las pulsiones de muerte siguen gozando en cambio de buena salud! Particularmente en lo que se enuncia como búsqueda de un mayor goce...

Pero cuando el goce y el placer se quieren atentos y fieles a la vida de los cuerpos, como aquello que hace nacer o renacer una y otra vez, como aquello que alimenta y realimenta mutuamente, como aquello que libera del peso de inercia, de soledad, de muerte, que acompaña a todo amor, todo encuentro, toda existencia, etc., ¿por qué habrían de resultar inconvenientes en las circunstancias que tú evocas? Al contrario. Ese goce, ese placer amoroso son los que yo intento traducir en gestos, en palabras. Pero efectivamente no son lo que anima habitualmente las relaciones sexuales en nuestra civilización actual. En la cual hacer el amor —según la expresión al uso— muy a menudo significa un gesto de dominación, de control, de apropiación. Si fuese de otro modo, la relación amorosa se disociaría en definitiva mucho menos de lo «maternal» y lo «paternal». Lo cual disolvería los roles y poderes tradicionales dentro de la familia.

Anne-Marie: A mí la idea me vino de pronto, un día en la calle. Me dije: «Puedo hacer todo cuanto hacen los hombres —en el plano de la creación— y además gestar una criatura, traerla al mundo. Pero es completamente injusto y tal vez ésta sea la causa de que los hombres gocen de un estatus superior en la sociedad. ¿Puede que en el fondo sea normal, que sea una forma de compensar esta injusticia?» Lo que digo es completamente infantil, ingenuo en grado superlativo, pero así lo sentí, muy fugazmente, un día.

Luce: Poner de este modo el acento sobre el privilegio de la maternidad me parece un gesto sospechoso y con el cual no me siento identificada. No me interesa el cambio de poder. Y esto convierte una vez más la diferencia sexual en algo *cuantificable*. *Las mujeres, finalmente, tendrían algo más que los hombres:* la posibilidad de ser madres. ¿Por qué habría de representar esto un privilegio en relación a la paternidad? Además, esta interpretación de las cosas vuelve a encerrar a las mujeres en la función reproductora, sobrevalorándola. Me parece más importante para las mujeres, y para sus criaturas, que ejerzan y desplieguen su libertad creadora. Qué se conviertan en co-creadoras de un mundo en el cual la diferencia sexual sea fuente de engendramientos que no se limiten a la procreación de hijos/as. Lo cual suprimiría la tradicional división del trabajo entre hombres y mujeres...

OTRO MODO DE SENTIR *

Luce Irigaray escribe en Ese sexo que no es uno:¹ «(...) las técnicas de goce que emplea la pornografía son —al menos hasta el momento (?)— muy poco adecuadas para el placer de las mujeres. La obsesión de la erección y la eyaculación, la excesiva importancia concedida al tamaño del sexo masculino, la pobreza estereotipada de los gestos, el cuerpo reducido a una superficie a fracturar de agujeros, la violencia, la violación... pueden llegar a imponer el goce —las mujeres están dotadas— ... pero, ¿qué goce?»

Las mujeres con quienes he hablado manifiestan su horror a la violencia. Al mismo tiempo, muchas de ellas han manifestado una suerte de fascinación por la violencia sexual.

Fascinación, tal vez... ¿Pero la fascinación no constituye, precisamente, un obstáculo para el goce? Se ha condicionado a las mujeres a dejarse seducir por la violencia. ¿Qué otra alternativa tenían? ¿Conocemos acaso ya otra sexualidad que no sea la de la violación? Pero si bien dejarse seducir de este modo puede suponer un placer para algunas —sobre todo si no conocen otra cosa...—, este placer no deja de ser muy parcial. Y procede de la participación en el goce del hombre.

Creo que debería distinguirse el goce que experimentan las mujeres al participar en el goce masculino, tal como éste existe, de lo que podría ser *su* goce. Y cuando una mujer goza con la violencia que se dirige contra ella, después se encuentra exiliada

* Entrevista con M.-F. Hans y G. Lapouge, publicada en *Les femmes, la pornographie et l'érotisme* (París: éd. du Seuil).

1. Luce Irigaray, *Ce sexe qui n'en est pas un* (París: éd. de Minuit, 1977). Traducción castellana: *Ese sexo que no es uno* (Madrid: ed. Saltes, 1982).

de sí misma. En éxtasis, fuera de sí. Este goce no se entreteje con el conjunto de su vida. Abre como un «agujero» en ella. ¿De ahí, sin duda, su dependencia del hombre? El cual sí conocería el camino de ese goce. ¿Porque no se ha imaginado acaso siempre la relación sexual como la satisfacción de un solo deseo y no como la articulación de dos deseos distintos? ¿Qué sabemos del deseo de las mujeres?

A la violencia, yo no contrapondría algún tipo de dulzura empalagosa como la que se atribuye, tal vez con demasiada facilidad, a las mujeres. Es una forma cómoda de anular los interrogantes, diciéndose que las mujeres no tienen sexualidad. Que su único destino es el amor, la ternura, etc. De ahí a afirmar que es preciso forzarlas, violarlas siempre, que «eso es lo que esperan», sólo hay un paso... Y muchas mujeres pueden servir de coartada. Efectivamente, no conocen otra cosa. Lo que equivale a decir que no saben nada de *su* sexualidad. Y que algo goce, en ellas, a pesar de o bajo la coacción, sí, de acuerdo, pero un poco a la manera de una droga gracias a la cual se olvida la vida durante un instante. Y los nervios se relajan. ¿Ya es algo? Pero sólo eso...

Existe otro goce posible para las mujeres. El de la eflorescencia de todo su cuerpo y de su expansión por todo el espacio. El goce que no sólo se produce de forma localizada y casi a pesar, o contra, el cuerpo. El goce en el que todo el cuerpo se hace sexo, y no exclusivamente en el orgasmo. En el que desaparece la distinción cuerpo/sexo. Y para el cual resultan un poco irrisorias las sabias técnicas de producción de placer... Lo cual también implica la imposibilidad de resumirlo en unas pocas palabras.

Pero ese goce desorienta a los hombres. Incluso les da miedo. ¿Acaso no tienen que rehacer todo un aprendizaje de la relación sexual, a menudo difícilmente adquirido, para poder percibir algo de él? Evidentemente, a la larga «salen ganando»... Su goce adquiere una nueva intensidad cuando no están pendientes de su erección y su eyaculación. Cuando todavía no quieren convertir una y otra vez la relación sexual en un envite y una demostración de su *poder*, descubren una nueva *potencia*. Pero la organización social los manipula de tal forma que, para ellos, esto representa entrar cada vez en otro mundo, otro espacio-tiempo, otra relación con el lenguaje y el cuerpo.

Las mujeres que no quieren seguir siendo forzadas, violadas, de una forma u otra, buscan o piden algo distinto de lo *actualmente* prescrito en forma de normas sexuales. Y lo que estas mujeres esperan no es nada dulzón sino... su goce. ¿Sin duda con ello están pidiendo una «cosa» muy subversiva para el orden exis-

tente? Porque el goce de las mujeres desorienta los cimientos mismos de este orden: la propiedad, la identidad, la no contradicción, etc., y desorganiza su economía, sexual pero también lógica, social y... económica. ¿De ahí la demora en darles una «respuesta», léase la prisa por hacerlas callar? ¿Nuestras construcciones sociales no han de parecer andamiajes un tanto precarios a las mujeres que habitan el espacio-tiempo de su goce?

¿Precarios pero resistentes a todo? ¿Incluso a este otro modo de goce?

¿Cómo dar una respuesta cuando la mayoría de las veces este goce se hace imposible en el orden que conocemos? ¿Cuando, si llega a tener lugar, no le está permitido o no le es posible expresarse? ¿Cuando ni siquiera puede imaginarse en el lenguaje que es el nuestro? Porque, ¿creéis que no significa nada que las mujeres se hayan visto, y sigan viéndose, sumidas en un estado de «frigidéz» y de «frustración»? ¿Nada más que una incapacidad «técnica» por parte de los hombres? ¡Cuesta creerlo! ¿O una pobreza sexual por parte de las mujeres? Entonces, ¿por qué padecen todo tipo de enfermedades, de sufrimientos corporales, de somatizaciones? ¿Por qué están descontentas y se sienten desgraciadas? De ser así, ¿pedirían acaso otra cosa?

¿No existirá más bien algún poderoso dispositivo sociocultural que censura la potencia sexual de las mujeres? ¿No será que ella representa, por tanto, un peligro para el orden establecido? ¿Y que está *prohibida* dentro del mismo?

Si la mujer verdaderamente está dotada de semejante potencia, ¿cómo se explica que ésta se haya dejado ocultar, burlar, destrozar, o peor aún, colonizar por el modo de placer de los hombres?

En nuestra civilización, las mujeres son objetos de propiedad privada. El padre, el marido, poseen a la hija, a la mujer —y también a las criaturas— como si de bienes se tratase. El cuerpo, el trabajo, el goce de éstas pertenecen al jefe de familia y ofrecen el substrato para la estabilidad y la reproducción de la célula familiar. A través de su padre o de su marido, las mujeres también son propiedad del conjunto de la sociedad, del Estado.

Pero las mujeres se hallan recluidas, paralizadas, en el marco de esta función privada y social: desempeñan un rol, sin que ello sea deliberado. No participan activamente en la gestión del

orden que mantienen. Están sometidas a unas leyes que ellas no han hecho. Hablan un lenguaje que no es el suyo. Y están aisladas entre sí. Ha sido preciso su ingreso en los circuitos de producción para que pudieran encontrarse de vez en cuando. ¡Tan poco! En el trabajo no hay tiempo; en cuanto éste se termina, se apresuran a regresar a casa, donde las aguardan el marido, las criaturas y otro trabajo. ¿Cómo podrían saber nada de su *goce* en semejantes circunstancias? Saben lo que *deben* hacer. ¡En cuanto a saber lo que desean...! ¿Acaso no es preferible, las más de las veces, que ni siquiera se planteen la pregunta?...

Y si se les ofrece la ocasión de hablar con otra mujer, fuera del marco y los códigos impuestos, se dan cuenta de que, de sus cuerpos y de sus placeres, lo ignoran, y se niegan, casi todo. Descubren con sorpresa que lo que ellas creían rarezas personales, peculiaridades poco confesables de su pequeña historia, no es más que lo que sienten, imaginan, piensan... las mujeres.

Aisladas unas de otras, las mujeres conocen muy mal su cuerpo y su deseo. Si descubren el cuerpo de otra mujer, quedan sorprendidas de la tranquila seguridad que esto les aporta. Y de nada sirve exorcizar esta realidad encerrándola en la alternativa represiva homosexualidad/heterosexualidad, que sirve para separar una vez más a las mujeres y a la hija de la madre, para empezar. Más valdría comprender que no puede haber deseo de *otro* sexo sin amor y deseo del *propio* sexo.

Entre sí, las mujeres pueden encontrarse de pronto en un goce sin tensiones ni angustias. El goce no constituye un «problema». Se esfuma la disociación cuerpo/sexo. Una continuidad fluida entre el cuerpo y el sexo, el sexo y el cuerpo, sin localizaciones fijas, sin puntuaciones separadas, ocupa su lugar.

Las mujeres sufren mucho a causa del tiempo que marcan los relojes... Pero el tiempo de trabajo, y nuestro tiempo en general, está organizado en todo momento a toque de reloj. Este tiempo causa pánico a las mujeres. También, y sobre todo, en el placer. Cuando están obligadas a gozar en el momento esperado de ese goce que el hombre a menudo les exige como prueba de su potencia, se crispan por completo e inevitablemente pierden contacto con su propio goce. Así, muchas mujeres se creen frías, ya sea por conclusión propia o porque los hombres, decepcionados, así se lo afirman. De hecho, la frigidez de las mujeres es muy excepcional. Y cuando una mujer me confiesa, avergonzada: «Soy fría», me río y añado: «No sé qué significa eso, ¿puede explicármelo con sus propias palabras?» En seguida, la mayoría de las veces, se relaja, sonrío, su cuerpo se descrispa y recupera su mo-

vilidad. Como si se quitase una máscara o abandonase un personaje que en el fondo no le interesa.

¿Y las películas porno vendrían a reimponer sin cesar ese tiempo del goce que no es el de las mujeres? ¿Un antes y un después, una repetición, ese ritmo de reloj, esa ruptura al final, odo eso?

Sí. Pero no solamente las películas pornográficas. También la sexualidad más cotidiana. Por otra parte, ¿no es eso lo que exhiben esas películas y cuyas posibles derivaciones indican? ¿Y el tiempo de su guión no es acaso el de una práctica sexual, libre de los obstáculos de la vida corriente? ¿Tal como tendría lugar en sueños, o en las fantasías? ¿Pero en qué sueños o qué fantasías? ¿Y en los de quién?

Y la repetición, mecanismo esencial de la representación pornográfica, no armoniza demasiado con el deseo de las mujeres. Para ellas, la temporalidad del deseo sería más bien una *continuidad*, en la cual cada «otra vez» puede vivirse como una *primera vez*. Ambas cosas a un tiempo: *un devenir siempre en movimiento*. Las mujeres no pueden permanecer «en un mismo sitio». Tienen que moverse, que cambiar. Pero sin roturas ni rupturas. Y sus movimientos están más próximos a los de las fuentes, los ríos o el mar que a los mecanismos, puntuales y repetitivos a la vez, que marcan las horas.

Ahora bien, en su vida sexual —al menos hasta el momento presente— la mayoría de los hombres estructuran una escena, su escena, y la repiten de forma casi indefinida. Y cuando cambian de mujer, cambian de lugar su actuación: reanudan la escenificación. La actriz no es la misma, pero el guión no ha cambiado. Las primeras veces las mujeres se sienten atraídas por la novedad del juego. Después, las aburre... Tal vez por esto los hombres necesitan varias mujeres: tienen necesidad de continuar seduciendo. Al margen de que así tal vez se hacen la ilusión de que se transforma su deseo.

¿Y cómo no repetirse?

Pero una/uno no es nunca igual dos días seguidos, ni siquiera dos instantes seguidos.

Bueno, pero entonces la escena debe renovarse automáticamente, si los actores nunca son idénticos.

¿No creen que el goce del hombre siempre se asemeja bastante a sí mismo? ¿Que se repite cada vez siguiendo un esquema bastante idéntico? Al menos eso es lo que nos hacen pensar o nos dejan creer.

Sí, bastante, es probable.

¿Será porque los hombres se han alejado de su cuerpo a través de la cultura que han erigido? Las mujeres, por su parte, nunca experimentan dos orgasmos parecidos entre sí. Al menos cuando se trata de sus orgasmos y no de un goce producido de forma puramente mecánica. E incluso entonces...

*¿Pero qué acaba siendo el orgasmo, si siempre es distinto?
¿Puede seguirse hablando siquiera de orgasmo?*

Sí, una mujer puede hablar de orgasmo. En términos de su propio goce, nunca será un orgasmo único ni puntual. Podría decir también que el orgasmo comienza con la penetración o antes, que han sido varios, que no sabría decir cuántos, que no lo ha tenido, ¿o tal vez sí? —no está muy segura—, que las preguntas que le hace el hombre al respecto más bien perturban su goce, porque la obligan a salir de sí misma, a contar, etc. Sin duda, el orgasmo exclusivamente (?) clitoridiano se siente como más susceptible de ser aislado, y aún... ¿Pero aislarlo no es proyectar ya el goce en una sola dimensión? ¿Y por tanto no situarse ni hablar ya dentro del despliegue del goce?

La música ofrece una mejor aproximación que cuanto podemos decir al respecto. Las diferencias de intensidad, la polifonía, la armonía... Pero el ritmo del hombre, a menudo, rompe el de la mujer, más flexible, más fluido, más sutil. Sobre todo por cuanto el hombre casi siempre está tenso en espera del final del placer. ¿La cuchilla del orgasmo? ¿Y sus coletazos depresivos? ¿Las mujeres pueden acoplarse a la cadencia que exige este modo de usar del goce? Puede que sí, aunque no siempre... Pero *su* goce sigue siendo ajeno a esta puntualidad. Para ellas, el estado «orgásmico» a veces dura varias horas, varios días. Pueden permanecer largo tiempo —¿por qué no para siempre?— en el espacio-tiempo de su goce.

Y contraponer así a hombres y mujeres resulta caricaturesco. Algunos hombres quizás se reconozcan en lo que hemos descrito sobre el placer de las mujeres, algunas mujeres en lo que se dice de los hombres; algunos se sienten mujeres, algunas hombres;

algunos quieren llegar a ser mujeres, algunas llegar a ser hombres, etc. Sin embargo, parece difícil negar que existen unos roles sexuales impuestos, unos modelos sexuales existentes, y unas diferencias entre los cuerpos sexuados hombres y mujeres. ¿Qué ocurre con estas diferencias después de recorrer los esquemas históricamente determinados y las funciones atribuidas a uno y otro sexo? En estos momentos, lo que podemos decir al respecto es que las que se presentan como normas sexuales vienen definidas a partir de las necesidades de la sola sexualidad masculina y que son los hombres quienes han gobernado —conscientemente o no— el reparto de los roles sexuales. Que nos encontramos bajo un régimen falocrático.

Muchas mujeres parecen poco sensibles a la escena pornográfica porque ésta es ante todo visual.

El asedio de la mirada no está tan privilegiado en las mujeres como en los hombres. El ojo, más que los demás sentidos, objetiva y domina. Distancia y mantiene la distancia. Y, en nuestra cultura, el predominio de la vista sobre el olfato, el gusto, el tacto, el oído, ha provocado un empobrecimiento de las relaciones corporales. Ha contribuido a desencadenar la sexualidad. A partir del momento en que domina la vista, el cuerpo pierde la carne. Se percibe sobre todo desde el exterior. Y lo sexual pasa a ser sobre todo un asunto de órganos bien circunscritos y separables del lugar donde se reúnen en un todo vivo. El sexo masculino se convierte en *el sexo*, porque es bien visible y la erección es espectacular... Las mujeres, por su parte, conservan estratificaciones sensibles más arcaicas, rechazadas, censuradas y desvalorizadas por el imperio de la mirada. Y, para ellas, el tacto es a menudo más conmovedor que la mirada. ¿Porque ésta las recluye fuera de su cuerpo, en una suerte de toma de posesión?

¿Y el tacto no es una forma de tomar?

Si te refieres a coger o capturar con la mano, como para atrapar una presa, sí. ¿Pero es eso tocar? Más bien sería apropiarse de. ¿Y, para el hombre, no es una vez más la mirada la que guía la mano en ese gesto? ¿No es la mirada la que gobierna o dirige la caza en él?

En el tacto, se rememoran y a la vez se difuminan los límites entre quienes se tocan. Deja de haber, por tanto, un sujeto cazador y un objeto tomado... Estas distinciones quedan abolidas.

En la caricia se olvida finalmente quién es uno/a y quién es el otro/a. El uno/a se introduce en el otro/a y el otro/a en el uno/a, indefinidamente, en un intercambio en el que cada uno/a permanece o vuelve, al mismo tiempo, a su cuerpo. Estableciendo otra relación con la identidad. La suya y la del otro/a. Pero esta relación distinta con la identidad está más bien reprimida en nuestra cultura...

Para expresarlo de otro modo: estamos sometidos/as a una presencia de lo sólido sobre lo fluido. Ser sólido, tener la cabeza sólida, tener un pensamiento sólido, etc., esto es lo bueno. No se recomienda ser blando/a. Quedar reducido/a a agua, a lágrimas, o a cualquier otro líquido, ¡es una catástrofe! Todo debe moldearse y mantenerse con una consistencia firme, dura incluso. El individuo, el cuerpo, el sexo... En el *tocarse*, estas unidades bien formadas se diluyen. Se crea una fluidez en la cual se confunden los bordes del uno/a y del otro/a, entre el uno/a y el otro/a. Hay un trasvase, un flujo del uno/a al otro/a, sin continente ni contenido bien definidos en sus distinciones. Entonces resulta difícil mantener una relación de propiedad o de posesión. ¿De ahí la prohibición, al menos implícita, de nuestra sociedad contra este «derrame»? ¿Interpretado, sin duda alguna, como introductor de desorden y despilfarro en los valores bien establecidos?

Las mujeres se ven privadas a menudo de este goce del tacto, del tocarse. E incluso exiliadas, por su ausencia, de su autoerotismo primero. Por su morfología sexual, las mujeres se tocan continuamente y ya mucho antes de lo que se denomina masturbación. Los labios de su sexo se rozan sin cesar, mientras que el hombre necesita la mano, el sexo de la mujer u otro «instrumento» para tocarse. Por tanto, las mujeres gozarían de una seguridad sexual mucho mayor si todo, en nuestra civilización, no ocultase la realidad de *su* sexualidad. Si el lenguaje, lo imaginario, las representaciones del deseo les permitiesen imaginarse, y decirse, y recordar *su* deseo o *su* goce. Pero éstos parecen estar prohibidos, censurados, olvidados en los modelos sexuales que se consideran normales.

Muchas mujeres me dicen, después de leer determinados pasajes de mis libros: «¡Es indignante! Tengo la impresión de haber sentido todo eso de pequeña, para quedar atrapada después en las relaciones sexuales, donde ya no lo encuentro. Donde ya no lo siento. He perdido el camino de mi goce y no sé cómo volver a él. Ha habido un corte. ¿Cuándo? Ya no lo sé muy bien. ¿Tal vez en el momento de las primeras relaciones sexuales? ¿O antes incluso?» Y les resulta muy difícil retornar a ese momento, vol-

ver a recorrerlo de otra forma. Ha habido un desgarró, ¿pero cómo curar la herida? Ellas recuerdan algo que les parece muy próximo y muy distante a la vez. Presente y al mismo tiempo inaccesible. Simple y perdido en una maraña de complicaciones. «Lo» sienten y en seguida se les escapa. Como si casi al instante quedara cubierto por otras cosas más ruidosas, más imperativas, más macizas o pesadas que esa música, a la vez poderosa y sutil, de su goce.

Por otra parte, ¿acaso no les han enseñado que sólo podrían conocer el placer gracias al sexo del hombre? ¿Que sólo tenían una envidia: la del pene? Y puesto que con mucha frecuencia las experiencias sexuales tan esperadas han sido frustrantes, ya no esperan ni sienten gran cosa. Ya no se sienten. Y su mayor seguridad —¿porque su sexo sigue siendo interior a su cuerpo?— se troca en total inseguridad. ¿Pero esta inseguridad es suya? ¿O tal vez son presa de la inseguridad sexual de los hombres?

Una mujer que habita su cuerpo, que no vive exiliada de ese permanente sentir, de ese continuo volverse a tocar, casi no conoce la angustia sexual. ¿Acaso no hace constantemente el amor? Y hacerlo con otra persona ciertamente le aporta un mayor goce, pero el goce subsiste en ella de forma bastante continuada y no vive, salvo a través de la participación en o la identificación con la economía de los hombres —¿o con los modelos sexuales tradicionales?—, las mismas alternancias de tensiones/descargas, los mismos miedos al vacío que aquéllos. No hacer el amor durante un cierto tiempo no le preocupa necesariamente. No le hace sentir forzosamente una carencia ni una frustración. Que de ello se deduzca, una vez más, que no tiene sexualidad indica que no se alcanza a imaginar que tiene una sexualidad distinta. ¿Que goza continuamente? En ausencia de agresiones que destruyen su ritmo. Y puede suceder que una mujer haga menos el amor cuando lo hace que cuando no lo hace, si ese suceso la aparta del espacio-tiempo de su placer. ¿En el que todo se erotiza? ¿En el cual la escansión privación/plenitud se halla mucho menos marcada que en el hombre, cuyos objetos sexuales están más rigurosamente individualizados. Y, por tanto, presentes o ausentes. Una mujer goza de todo y de nada. Goza más, o mucho más, pero, si mantiene la continuidad consigo misma, también goza siempre.

Pero a esta posibilidad de gozar de todo que tienen las mujeres los hombres la denominan carencia.

¿No estarán proyectando con ello una vez más sus problemas sobre las mujeres? Y por otra parte, es comprensible que desig-

nen como *carencia* la posibilidad de prescindir de su sexo. ¿Acaso no tienen necesidad de sentirse incesantemente deseados, valorados por su potencia o su poder? Y la mayoría de los hombres reaccionan con rechazo, con desprecio, ante aquello que no conocen y que no les «pertenece». ¿Para preservar así la integridad de su narcisismo?

Y hay algo más. ¿No tienen tal vez los hombres necesidad de la *carencia*, de lo *negativo*? Lo positivo, lo afirmativo, el sí, parecen privarlos de todo deseo. Tienen que rechazar para tomar, abandonar para conservar, excluir para admitir o escoger. Van y vienen del más al menos, de las alturas a los abismos. Del exceso a la penuria. De la acumulación a la pérdida. ¿De la tensión a la descarga? ¿De la erección a la detumescencia? ¿De la erección a la eyaculación? Un goce ininterrumpido, un devenir sin rupturas, parecen serles siempre extraños. ¿No deseables? Ellos experimentan, se experimentan, en la comparación y la crisis. Y su economía se basa más bien en la escasez.

Las oscilaciones de su deseo son más bruscas y sincopadas. Más brutales las diferencias de intensidad de las fuerzas que entran en juego en su sexualidad. Estas alternancias de culminaciones y nuevas caídas truncan a menudo la potencia sexual de las mujeres, menos sometidas a estos paroxismos. ¿Y que, por tanto, se impone de forma menos espectacular e imperiosa? Aunque no por eso deja de existir. ¿Manteniendo con su continuidad la reactivación del deseo de los hombres?

De esta distinta relación con la carencia y con lo negativo surgen los más graves malentendidos entre los sexos. Y el mayor riesgo de aniquilamiento de la sexualidad de las mujeres. Tanto si se ven obligadas a asumir por los hombres esa carencia y ese negativo, como si creen que su deseo y su goce funcionan de acuerdo con esa economía. Si entran —¿pasiva o activamente?— en unos esquemas que anulan su sexualidad.

¿Y el lenguaje no podría dar cuenta de la sexualidad femenina, recubriéndola, rompiéndola; en particular el lenguaje de la representación pornográfica?

En la representación pornográfica no aparece un deseo propio de las mujeres... Ni siquiera, o sobre todo no, ¡cuando ahora se atribuyen a las heroínas fantasmas de castración del sexo masculino! Que las mujeres desean una evolución, incluso una revolución, sexual, sí. Pero, ¿por qué atribuirles el deseo de apoderarse del falo? ¿O de quitarles su pene a los hombres? Deseos

que, por otra parte, éstos siempre les han atribuido. No hay ninguna verdadera novedad en ello. Los modelos sexuales siguen siendo los mismos. Y esas películas —u otras producciones— que intentan recuperar comercialmente lo que pasa actualmente entre las mujeres siguen situándose siempre en plena proyección masculina falocrática.

Dicho esto, ¿estas proyecciones *sobre la pantalla* pueden permitir tal vez a las mujeres su contemplación a distancia? ¿Su análisis? ¿No tener que soportarlas ya de forma inmediata, viéndose implicadas en ellas sin posibilidad de desprenderse cuando ellas mismas funcionan como pantalla?

Pero, ¿las mujeres ven algo de su deseo en esas representaciones pornográficas? ¿O se ven como marionetas accionadas por una mano escondida? ¿O ambas cosas? Las mujeres descubren lo que son y lo que no son. Lo que hacen y lo que no hacen. ¿Aquello con lo cual parecen gozar sin que *ellas* gocen con ello? ¿Un goce del que está casi totalmente ausente *su* goce? ¿Se ven desde el exterior pero sin poder asimilarse o confundirse con el papel que representan? Que los hombres interpreten esto como resistencia, ¿no es obligarlas a reconocer una vez más que su goce debe ser tal como ellos lo desean? Y si muchas mujeres son poco sensibles al espectáculo pornográfico, esto también se explica por el hecho de que en él se ven reducidas a nada, llegado el caso con su propia complicidad. De lo cual habitualmente se dan poca cuenta.

¿No perciben en la representación pornográfica hasta qué punto simulan que todo tienen que aprenderlo y recibirlo de los hombres-padres? Profesores de inmoralidad, en esta ocasión. Cómo se hacen las inocentes, las vírgenes, todo por su deseo de ser educadas en la voluptuosidad adecuada por un libertino competente. Por su orgullo de demostrar que progresan, que son alumnas aventajadas. Que se dejan someter dócilmente, como es debido. Y que su goce procede precisamente de ese servilismo. Que es tanto más pleno cuanto más sumisas se muestran, también ante el dolor. El cual siempre está en el programa...

¿Qué son ellas al final de ese aprendizaje, de esa doma? Un goce abstraído de ellas, prueba de la «potencia» (?) viril exhibida ante la mirada de los espectadores-rivales. ¿Porque, en su placer, la *vedette* no se ofrece acaso una vez más en espectáculo a un hombre, a unos hombres? ¿Cual un mecanismo bien rodado o un animal hábilmente domesticado? ¿Que parece feliz con ello? ¿En el cine? ¿O en la realidad? Renunciar al deseo a veces aporta la beatitud... ¿pero cuál?

¿Y no escenifica la pornografía el nihilismo que dirige la sexualidad dominante? ¿La fascinación de la nada que informa su economía? ¿La destrucción del cuerpo a la cual tiende? ¿El deseo de muerte que la anima? Además del goce, si la observamos detenidamente, en ella siempre aparece algo así como un deber a cumplir. Como un imperativo tiránico al que nadie puede sustraerse. ¿Qué Dios se oculta también detrás de semejantes manipulaciones del deseo?

Pero si consideramos nihilista el espectáculo pornográfico, podría ser en el sentido de Nietzsche, el nihilismo como transición. En suma, el grado cero del discurso sexual, la negación absoluta de todo ese discurso masculino que nos rodea, como una purga de la memoria si usted quiere, como una evacuación de todo lo que coarta la sexualidad, la reprime, la hace sufriente y maldita.

¿Cree que esto que acaba de describir corresponde a las intenciones de los realizadores de espectáculos pornográficos? ¿Su objetivo no es más bien atraer a una determinada sexualidad, antes que apartar de ella a la gente? Aunque sólo sea porque esto les da dinero... Y predicán pensando más en el futuro que en el pasado de esta economía sexual. ¿Que, a pesar de ellos, sus espectáculos se desarrollan como una interpretación purgante? Algunas veces. ¿Para quién? Pero ésa no es su motivación, según parece.

Y, hablando de nihilismo, el falo —el Fallo— no aparece muy a menudo como nada —Nada— en tales producciones. Sino más bien como el Dios. El espectáculo pornográfico se presenta con frecuencia como culto casi religioso del Fallo. ¿Era preciso que este Dios se encarnara en la pantalla para al fin poder reducirlo a la categoría de ídolo? Tal vez. ¿La pornografía como *catarsis* del imperio fálico? ¿Como factor de aceleración de la decadencia de un determinado *poder* masculino? ¿Como precipitante de la decadencia de una sexualidad de amos enamorados de un dios-padre muerto y necesitados de esclavas (esclavos) que soporten, sufran y disfruten (?) el ejercicio de sus placeres? ¿A menos que no sirva de iniciación a nuevos ritos o de sustitutivo que permite la supervivencia de la religión fálica?

Cierto es que se perciben síntomas de agotamiento del poder del discurso, también sexual, que nos «manipula». Los síntomas de degeneración se multiplican. Lo importante es saber si avanzamos hacia un nuevo amanecer o hacia una suerte de suicidio

colectivo. ¿Y si no se desenmascara, no se interpreta, la nada que actúa en los valores que son ley, ¿cómo detener el proceso de destrucción que se acelera y que amenaza cada vez más el orden de lo viviente? Entonces, si la pornografía sirve para demostrar que la vida sexual sabe un poco demasiado a muerte...

¿Esta vida sexual?

Sí, esta vida sexual, naturalmente. Sobre la cual tal vez no sea exagerado pensar que el hecho de haber dado tanta importancia a la reproducción como finalidad está directamente relacionado con la muerte que ponía en juego. ¿En tanto que negación o conjuración?

Así, no creo que ese «horror» al esperma que las mujeres han dicho que sienten pueda ser una reacción espontánea. A menos, pero esto ocurre con frecuencia, que el hombre utilice su esperma como instrumento de dominación, en particular haciéndolo rivalizar con la leche. Que quiera hacer de su sexo un equivalente, un sustituto del seno, saldando así su vínculo de dependencia con la madre, o con otra mujer. Que pretenda alimentar, que se imponga como único nutridor en el plano sexual.

De hecho, ¡pienso que son los hombres quienes tienen una relación problemática con su esperma! Parecen no saber cómo «situarse» en relación a él y a menudo experimentan la eyaculación como una pérdida: pérdida de su «substancia» vital, dispersión del interior de su cuerpo, «fuga» de sus «humores», licuación de su «consistencia»... para retomar sus expresiones. Y no debe olvidarse que el esperma acompaña o anuncia la detumescencia.

A lo cual se añade que el esperma puede dejar rastros del goce, que deja *manchas*. Lo que a muchos les recuerda la prohibición de la masturbación. Pero también se interfieren envites más arcaicos y tabús socioculturales: la valoración de la limpieza, de lo bien formado, de lo sólido... de la producción. Y los hombres viven a menudo como un desorden angustioso el hecho de que su esperma pueda permanecer improductivo —cualquiera que sean, por otra parte, sus declaraciones explícitas o sus convicciones manifiestas. ¿Lo cual explica tal vez las resistencias contra los métodos anticonceptivos masculinos, el retraso impreso a las investigaciones sobre o a la comercialización de paliativos contra la fecundación de uso masculino? ¿Los hombres temen perder acaso su goce en caso de esterilización?

Para las mujeres, el esperma no parece plantear problemas

cuando lo perciben como un fluido, como un líquido que fluye del cuerpo, como un flujo indicativo del deseo o del goce. Lo soportan con mayor dificultad cuando imaginariamente va asociado a las heces, a la defecación. Ahora bien, ¿no es así como lo experimentan muchos hombres? Fieles al privilegio de lo duro, de lo limpio, y a la desvalorización o falta de representación de lo fluido, frente a todo lo viscoso... ¿Los hombres no descargarán sobre las mujeres —junto con tantas otras...— su dificultad de amar-desear su esperma? ¿Y las escenas de las películas pornográficas en las que embadurnan, cubren, manchan de esperma el cuerpo de la mujer, no significa a menudo una suerte de revancha agresiva? ¿O el acto triunfal de depositar, sobre ellas, lo que, secretamente, experimentan-reprueban como mancha? Esos gestos, que podrían ser bellos, se ejercen a partir de ese momento como signos de dominación, léase de abyección... Y, también aquí, la compulsión de repetir la escena no deja de influir en el asco que puede suscitar en algunas mujeres.

¿Pero no podría suponerse que las mujeres aceptan mal esas escenas de las películas porno en la medida en que el esperma, en lugar de entrar en su cuerpo, se desvía, se pierde, es decir que se ve privado de su significado fecundador?

¿Se trata una vez más de atribuir a las mujeres algo del deseo masculino? Contra lo que se afirma, ¿los hombres no tienen acaso *necesidad* de tener criaturas, más que las mujeres? ¿«Tenerlas» porque no pueden «hacerlas» y porque tienen que demostrarse su capacidad de llegar a ser padres? Y su cultura se despliega a partir de la relación padre-hijo, la única que garantiza la transmisión del nombre, de los bienes, del capital, económico y simbólico.

Imaginar que las mujeres aceptan mal las escenas en las que el esperma se desvía de su finalidad reproductora porque tendrían, sobre todo, una impresión de despilfarro o de pérdida, equivale a hacerlas pensar en términos de contabilidad, de gastos y reservas, de capitalización y de rendimiento. Cosa que en efecto hace la cultura creada históricamente por los hombres, pero que sigue siendo bastante ajena a lo femenino...

Una de las mujeres con quienes nos hemos entrevistado lamentaba que su goce, el goce de la mujer, no fuera

acompañado de señales tan evidentes como el goce del hombre.

¿No se estaba sometiendo con ello a un punto de vista masculino? Toda mujer siente que su sexo y todo su cuerpo cambian en el goce. No tiene necesidad de ofrecerse pruebas de ello. Y que los signos exteriores de su placer no sean tan visibles como en el hombre no la frustra. ¿A no ser, evidentemente, que el hombre los busque como indicios de su «potencia»? ¿O que acentúe el carácter espectacular de su goce —como en las películas pornográficas—, recubriendo y anulando así las manifestaciones, menos visibles, del de la mujer?

¿Qué significa la mayor «evidencia» del goce en el hombre? ¿Una atención dirigida un poco exclusivamente, por los hombres, sobre los hombres? ¿Que hace imperceptibles, que hace olvidar, las señales del goce de la mujer? ¿Que las hace menos discernibles a simple vista?

¿Y no es un poco simple considerar la erección, la eyaculación, como indicios que permitirían establecer con certeza que ha habido goce? Identificar goce y eyaculación tal vez no sea más que una particularidad cultural... La erótica taoísta, por ejemplo, no ignora que un hombre puede gozar sin eyacular, eyacular sin gozar. Y la fe, la fascinación, en relación a las «señales evidentes» del goce suponen ya una cierta concepción verificadora y tecnocrática del mismo. Tal vez no haya nada capaz de expresar de forma fija e inmutable lo que de indefinidamente móvil tiene el goce. El de las mujeres en todo caso...

Hemos estado hablando de la pornografía tal como existe, de la pornografía en masculino. Esta pornografía en general no interesa demasiado a las mujeres. ¿Pero se podría imaginar otro espectáculo, otra representación erótica?

¿Por qué no? Pero otro erotismo, ¿desearía ofrecerse como espectáculo? Las mujeres entre ellas, por ejemplo, ¿quieren tener espectadores? Que los pornógrafos tengan ganas de mirarlas, que las presenten en las pantallas, sólo indica su deseo de ver.

En cualquier caso, las representaciones sexuales que actualmente se proponen como seductoras en general no lo son para las mujeres... Y en la mayoría de los casos está ausente lo que correspondería, para ellas, a un imaginario erótico. ¿Tabú? La sangre, su sangre menstrual, no goza de gran aprecio entre las «transgresiones» de la escena pornográfica. Y, cuando interviene,

¿no lo hace siempre en términos de una fantasmagoría de hombre? Su sexo, cuya reproducción seguía estando prohibida hasta hace muy poco, todavía se representa frecuentemente de manera deformada-amputada en su morfología, y adornado de accesorios más o menos perversos que no incitan necesariamente a las mujeres al placer. ¿Que manifiestan que sólo tienen derecho a él si se atavían, si se cubren con lo que atrae a los hombres? *No se les hace ver la belleza de su sexo*, al margen de todo complemento o encubrimiento o travestimiento. Y una revista como *Play Girl*, supuestamente destinada a las mujeres, exhibía más y más sexos de hombres, pero el sexo de las mujeres no recibía particular valoración en sus páginas. Al margen de que, como en la mayoría de las representaciones pornográficas, seguía poniéndose el acento en la *erección* del hombre. En el hombre *fijado* en su erección. Un hombre no siempre excesivamente guapo... Y cuyo *cuerpo* aparecía como algo sin interés, poco importante para el deseo. Esta fijación, esta obsesión, con el solo sexo, la sola erección del hombre, el estereotipamiento de las imágenes, la repetición incesante del mismo programa, el carácter mecánico de la escena, sin inventar gestos —¿inútiles?—, sin movimientos de cuerpos —¿gratuitos?—, sin más movilidad que la previsible, ¿sin vida?, todo ello no complace particularmente a las mujeres. Las conmueve mucho más lo móvil, lo cambiante, lo fluido. El devenir no aprisionado en formas únicas y definitivas. Y resulta particularmente cruel que ahora a veces se les reproche una cierta apatía sexual. Su inercia, su falta de iniciativa, su «pasividad» son los síntomas de cuanto se ha reprimido y paralizado en ellas, de todo lo que se les ha prohibido en cuanto a movimientos y gestos. Lo cual no debe interpretarse como una «actividad» sexual masculina latente, en una nueva anulación de la diferencia entre los sexos, oponiendo una nueva barrera al descubrimiento de *su* sexualidad.

¿El cine les dice tal vez más cosas?

¿Qué cine? De la vida, el cine escoge, encuadra, acentúa, *valoriza* determinadas escenas. Y las expresiones, los gestos fotografiados quedan inmovilizados al pasar. Pero, sobre todo, las escenas privilegiadas, sus encadenamientos, sus ritmos, se rigen siempre por los mismos imperativos sexuales...

Hay excepciones... Un ejemplo: *Céline et Julie vont en bateau*, un film de Rivette con un guión inventado por dos mujeres casi sobre la marcha. ¿Dos mujeres que actúan de acuerdo con *su*

imaginario? Se mueven continuamente, sus cuerpos no están nunca inmóviles y, a través de sus movimientos, se dicen muchas cosas. Se tocan sin cesar, con ternura, con alegría. Y la *norma* exigiría que acabasen «haciendo el amor». ¿Lo hacen o no? En cualquier caso, ello no se ofrecerá como espectáculo. No habrá un encuadre de una escena sexual en sentido estricto. Lo sexual está *continuamente* presente. Sin tensión dirigida hacia un acto preciso, sin focalización en el espacio-tiempo hacia un fin exclusivo, sin antes ni después. Ellas tienen un intercambio, se intercambian en *el amor y el deseo*, con cada gesto, cada sueño, cada risa. ¿Cuál es una y cuál es la otra? No siempre resulta fácil decirlo. Los hombres se equivocan, ellas se reencuentran. ¡Y sin embargo no se parecen!... Se meten una dentro de la otra y, para ellas, no hay nada más natural que estas mutaciones. ¿Más naturales que permanecer siempre dentro de la misma «piel», del mismo vestido, de su papel? En ellas se descubren, cosa que les sería imposible a la una sin la otra. ¿Y quién no perdería la cabeza y el tino en semejante mezcla de sueño y realidad? Ellas no aparecen desorientadas en absoluto; al contrario. Con un aplomo desprovisto de seriedad... intuyen en cada instante lo que conviene hacer. ¿Como sonámbulas? Desde el punto de vista de los sistemas habituales de representación, tal vez... ¿Como mujeres quizás?

¿Y esto dónde las lleva? ¿A vivir cada momento de acuerdo con el devenir que las empuja, las atrae, las anima? No exactamente, aquí. El *final* de la película —porque también tiene uno...— presenta, en contraste, unas imágenes fijas, opacas, estereotipadas. El encuadre, el ritmo, los colores evocan lo mórbido. ¿Una progresiva agonía? En contraposición al juego infinitamente móvil y vivo de las dos mujeres, aparece lo mortuorio. Lo mortífero. Una niña se marchita encerrada en una casa, rodeada de una familia —¿sin madre?— que le prodiga un amor y un odio vigilantes. Todo terminará bastante mal. ¿Una vez más?

A menos que... Céline y Julie, después de volver a recorrer sus sueños y realidades, después de sufrir, llorar y reír juntas, después de reencontrar el camino, no sin un poco de magia que sigue siendo su secreto, no acudan, las dos juntas, a recuperar, de esa casa y esa familia, *su infancia*.

SUMARIO

Bibliografía de Luce Irigaray	3
El cuerpo a cuerpo con la madre	5
El otro género de la naturaleza	19
Otro modo de sentir	35

PUBLICACIONES DE LASAL

Ensayo

- LA PEQUEÑA DIFERENCIA Y SUS GRANDES CONSECUENCIAS. Alice Schwarzer. 2ª ed. 550 ptas.
EL NO DE LAS NIÑAS. FEMINARIO ANTROPOLÓGICO. Martha I. Moia. 700 ptas.
EL VOTO FEMENINO Y YO. Clara Campoamor. 700 ptas.
ANTES MUERTAS. MUJERES CONTRA EL PELIGRO NUCLEAR. Dorothy Thompson y otras. 925 ptas.

Cuadernos Inacabados

- NÚM. 1: BRUJAS COMADRONAS Y ENFERMERAS. DOLENCIAS Y TRASTORNOS. Bárbara Ehrenreich y Deirdre English. 2ª ed. 350 ptas.
NÚM. 2: POR UN FEMINISMO MATERIALISTA. EL ENEMIGO PRINCIPAL Y OTROS TEXTOS. Christine Delphy. 2ª ed. 550 ptas.
NÚM. 4: LAS, LOS, LES (LIS, LUS). EL SISTEMA SEXO/GENERO Y LA MUJER COMO SUJETO DE TRANSFORMACION SOCIAL. Mª Jesús Izquierdo. 350 ptas.
NÚM. 5: EL CUERPO A CUERPO CON LA MADRE/OTRO MODO DE SENTIR/LA OTRA DE LA NATURALEZA. Luce Irigaray.

Manuales de Salud

- NÚM. 0: MASTURBACIÓN. PROCESO CONTRA LA CULPABILIDAD DE LAS MUJERES. Jane Wallace. 385 ptas.
NÚM. 1: MANUAL DE LA SALUD DE LA MUJER. INTRODUCCIÓN AL "SELF-HELP". Nancy McKeith y otras. 485 ptas.
NÚM. 2: ¿POR QUÉ SUFRIR? LA REGLA Y SUS PROBLEMAS. Lyn-da Birke y Katy Gardner. 385 ptas.
NÚM. 3: SEXUALIDAD EN LA ESCUELA. MANUAL PARA EDUCADORAS/ES. Carmen Camarero, Euke Redondo y Mª José Urruzola. 385 ptas.

Narrativa

- LA BOLCHEVIQUE ENAMORADA. Alexandra Kolontai. 2ª ed. Novela. 200 ptas.
PAN DE BODA. Núria Amat. Novela. 350 ptas.
MUDAS DE PIEL. Verena Stefan. Apuntes autobiográficos. 375 ptas.
EL PAPER DE PARET GROC. Charlotte Perkins Gilman. Narración. 280 ptas.
LA CELINA. Christiane Rochefort. Novela. 300 ptas.
CAP PELAT. Elsa Plaza, dibujos/Angela Lorente, texto. Cuento. 250 ptas.

Poesía

- QUADERN DEL COS I L'AIGUA. Montse Clavé, dibujos/Mari Chordà, textos. 350 ptas.
...I MOLTES ALTRES COSES. Mari Chordà. Poesías y grabados. 350 ptas.
ESTELLES. Rosa Fabregat i Armengol. 2ª ed. 200 ptas. (agotado).
POEMAS ENCINTOS. Carmen Ruiz. 300 ptas.
A FAVOR MEU, NOSTRE. Marta Pessarrodona. 300 ptas.
VIDA DIARIA/PARAULES NO DITES. Montserrat Abelló, textos/Roser Bru, dibujos. 350 ptas.

Colección Clàssiques Catalanes

- NÚM. 1: DEL MÓN. Dolors Monserdà de Macià. Narraciones. 425 ptas.
NÚM. 2: L'ABISME/L'HURACA. Carme Montoriol. Teatro. 425 ptas.
NÚM. 3-4: LES TROBAIRITZ. POETES OCCITANES DEL SEGLE XII. Estudio de Magda Bogin. Versiones poéticas de A. Badia. 690 ptas.
NÚM. 5: LA INFANTICIDA I ALTRES TEXTOS. Víctor Català/Caterina Albert. Monólogos y cuentos. 450 ptas.
NÚM. 6-7: CONTRACLAROR. ANTOLOGIA POÈTICA. Clementina Arderiu. Poesía. Introducción y selección de Mª Mercè Marçal. 750 ptas.
NÚM. 8: CARTES A L'ANNA MURIA, 1939-1956. Mercè Rodoreda. Epistolario. 600 ptas.
NÚM. 9: CONTES. Rosa Leveroni.

SUMARIO

En este «cuaderno inacabado» nos proponemos dar a conocer a LUCE IRIGARAY —doctora en filosofía, psicoanalista, lingüista y prolífica escritora— sumergida en un diálogo ininterrumpido con otras mujeres, mezclándose con no-profesionales, explicando, acercándose; escuchando, como viene haciendo desde hace años.


edicions de les dones